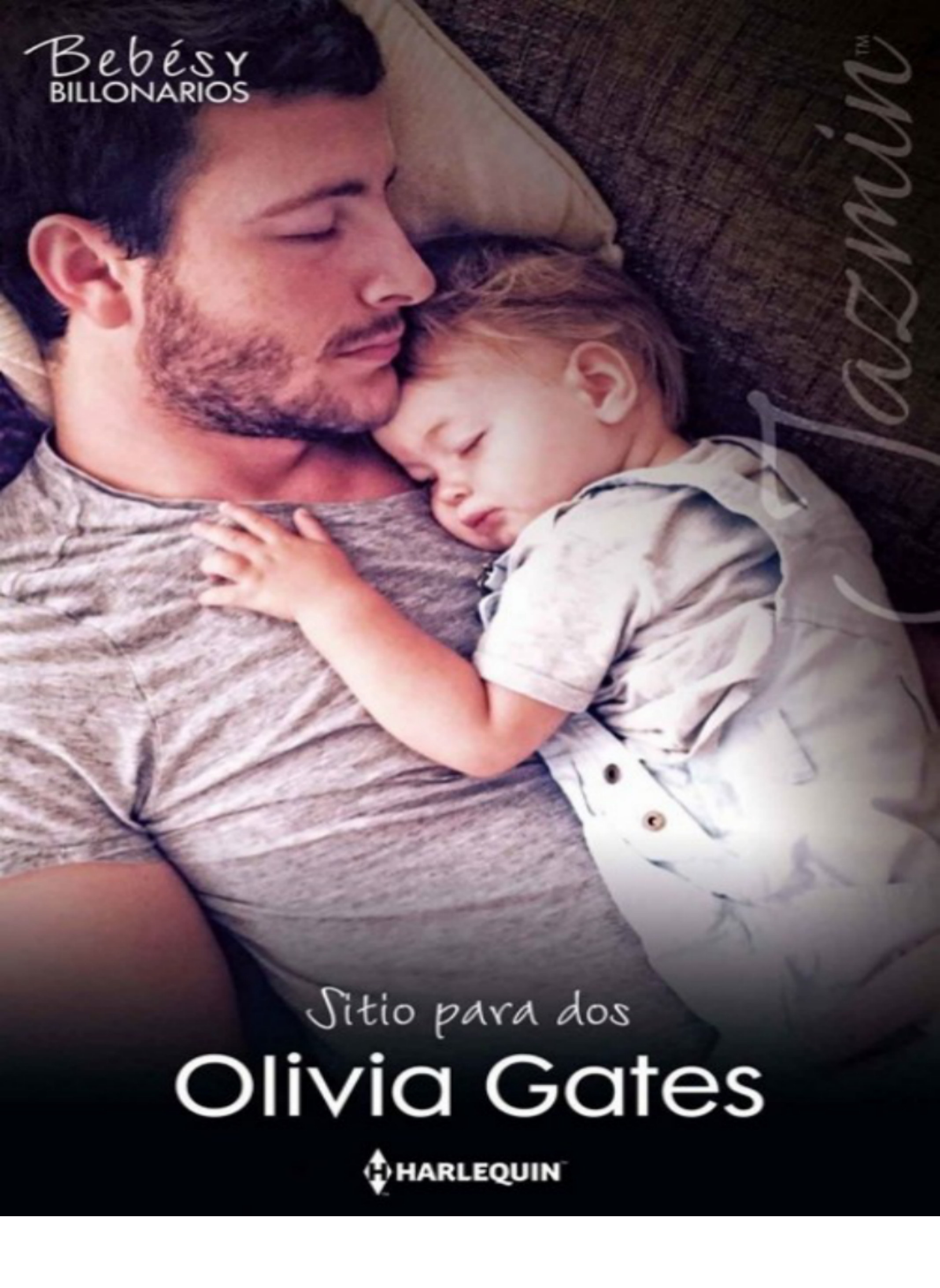

Bebés y
BILLONARIOS
Jazmín
Sitio para dos
Olivia Gates
HARLEQUIN

Bebés y
BILLONARIOS

Sitio para dos

Olivia Gates



Amante prohibido… heredero secreto.

Aris Sarantos era el peor enemigo de la familia de Selene Louvardis, pero eso no impedía que ella lo desease con toda su

alma. O que aprovechase la oportunidad de pasar una noche con él.

Aris no supo que el resultado de esa noche había sido un hijo, pero, cuando Selene apareció de nuevo en su vida y él descubrió la verdad, ni la familia de Selene, ni el contrato multimillonario que estaba en juego ni algo tan inconveniente como el amor pudieron evitar que él reclamara lo que era suyo...

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Sitio para dos, n.º 2 - febrero 2018
Título original: The Sarantos Secret Baby
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-9170-877-3
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

El diablo había acudido al funeral de su padre.

Aunque Selene Louvardis siempre había oído que era un insulto para el diablo llamar así a Aristedes Sarantos.

Aristedes Sarantos. El don nadie que había salido de los muelles de Creta para convertirse en un armador conocido en el mundo entero, alguien de quien se hablaba con admiración, una presencia deseada y temida por todos.

Todos salvo su padre.

Durante una década, desde que ella tenía diecisiete años, no había pasado ni una sola semana sin que hubiera alguna guerra entre su padre y Aristedes Sarantos, el hombre del que Hektor Louvardis había dicho una vez que debería haber sido su mayor aliado, pero que se había convertido en su peor enemigo.

La guerra, sin embargo, había terminado porque su padre había muerto. Y si sus hermanos no olvidaban sus diferencias, Aristedes Sarantos pronto se haría cargo de la empresa que Hektor había levantado y ellos habían ampliado antes de tirar cada uno en una dirección diferente. Si sus hermanos no se ponían de acuerdo, Aristedes se quedaría con todo.

Por eso era una sorpresa para ella verlo en el funeral. Estaba a cierta distancia, dominando aquella mañana de septiembre en Nueva York, los faldones del abrigo negro que se movía con el viento dándole aspecto de cuervo gigante… o de alma condenada. Y no le había parecido extraño cuando alguien comentó que había ido al funeral para llevarse el alma de su padre.

Selene había pensado que se iría después del funeral, pero había seguido al cortejo fúnebre hasta la mansión familiar y durante unos minutos se quedó en la puerta, mirándolo todo como un general estudiando la situación antes de un ataque.

Selene contuvo el aliento al verlo abriéndose paso entre la gente. Aparte de sus hermanos, que eran de su misma estatura, todos los demás palidecían en comparación con aquel hombre.

Sus hermanos eran hombres muy apuestos y Selene había escuchado a una interminable lista de mujeres decir que eran irresistibles, pero no tenían la influencia de Sarantos, ni su carisma ni ese aura de poder.

Y lo sentía en aquel momento, envolviéndola en seductoras y abrumadoras olas.

Sus hermanos, sin embargo, se quedaron inmóviles, mirándolo con una década de enemistad. Y Selene temía que el más joven, Damon, intentase echarlo de allí. O algo peor. En realidad, estaba harta de todos ellos.

Daba igual que odiasen a Sarantos, por respeto a su padre deberían haber hecho lo que había hecho él. Además, Hektor Louvardis no hubiera tratado a nadie, ni siquiera a Sarantos, su peor enemigo, con esa descortesía.

Cuando iba a decirle a su hermano mayor, Nikolas, que actuase como el nuevo patriarca de la familia y aceptase el pésame educadamente, se dio cuenta de que Aristedes Sarantos estaba mirándola a ella, su mirada de acero haciéndola prisionera.

No podía respirar mientras se acercaba con paso seguro, apartando a todo aquél que se interponía entre los dos, mientras los miembros del cortejo observaban la escena llenos de curiosidad.

Entonces Sarantos se detuvo delante de ella, haciéndola sentir pequeña y frágil cuando no era ninguna de las dos cosas.

Medía un metro ochenta con tacones, pero aun así se sentía diminuta a su lado. No sabía que fuese tan imponente, tan increíble. Y ni siquiera era guapo. No, llamarlo guapo sería un insulto. Era… único. Un ejemplo de virilidad. Y ella sabía que ese aspecto exterior tan formidable escondía un cerebro fabuloso.

Aristedes Sarantos no era sólo un hombre increíblemente atractivo sino alguien que incitaba en ella una respuesta que no podía controlar.

Qué mal momento para recordar el enamoramiento juvenil que había sentido desde la primera vez que lo vio. Pero pronto se dio cuenta de que era imposible, no sólo porque era el enemigo jurado de su familia sino porque él no tenía el menor interés en los demás.

Aunque había alimentado su fascinación espiándolo siempre que le era posible.

Pero nunca la había mirado con tal concentración y, de cerca, podía ver que sus ojos eran como el acero, tan grises y fríos…

«Deja de pensar como si fueras una colegiala que se ha encontrado con una estrella de cine. Di algo».

Selene se aclaró la garganta.

–Gracias por venir, señor Sarantos –lo saludó, ofreciéndole su mano.

Él no contestó ni tomó su mano. Sencillamente, la miró hasta que Selene se dio cuenta de que en realidad no estaba viéndola.

–Siento mucho que Hektor ya no esté con nosotros.

Su voz, ronca, oscura, parecía vibrar en el interior de Selene. Pero fueron sus palabras lo que más la sorprendió. No había dicho «siento mucho la muerte de su padre», la frase más repetida durante

las últimas horas. No estaba allí para ofrecerle sus condolencias a la familia.

Aristedes Sarantos estaba allí por él mismo. Lamentaba que su padre se hubiera ido y Selene entendía por qué.

–Echará de menos pelearse con él, ¿verdad?

–Hektor hacía mi vida… interesante. Echaré eso de menos.

De nuevo, hablaba de lo que la muerte de su padre significaba para él. Su sinceridad, su negativa a doblegarse a las leyes del decoro y las buenas maneras, la dejaron sin aliento. Y, en cierto modo, eso la liberó para admitir su propio egoísmo.

Algún día, probablemente pensaría en la muerte de su padre lamentando que se hubiera ido a los sesenta y seis años, siendo un hombre tan fuerte. Pero por el momento sólo podía pensar en sí misma, en el vacío que dejaría su ausencia.

–Él me enseñó muchas cosas –le dijo en voz baja. –Y echaré de menos todas ellas.

–No estaba enfermo.

No era una pregunta sino una afirmación y Selene asintió con la cabeza. No parecía enfermo, pero su padre jamás admitiría una debilidad, un problema, de modo que se lo había escondido a todo el mundo.

–Y murió ayer, después de las once.

Lo habían encontrado muerto en su oficina a las 12:30., pero Selene no sabía cómo lo había averiguado Sarantos.

–A las nueve –siguió él– el director de mi gabinete jurídico estaba hablando con el de su padre sobre el contrato británico.

–Lo sé.

Selene lo sabía porque ella era la directora del gabinete jurídico de la naviera Louvardis. Era ella con quien habían hablado y, después, por teléfono, le había contado a su padre los términos del contrato: blindado, restringido, implacable y, en su opinión, justo y práctico.

–A las once, Hektor me llamó por teléfono –dijo Sarantos. Y a Selene le sorprendió cómo pronunciaba el nombre de su padre, como si fuera un amigo. –Me echó una bronca y, una hora después, estaba muerto.

Antes de que ella pudiera decir nada, Aristedes Sarantos se dio la vuelta para salir de la casa.

¿Había ido al funeral para decir que había sido él quien propició la muerte de su padre? ¿Por qué?

¿Pero cuándo entendía nadie por qué hacía las cosas aquel hombre?

En lugar de correr tras él para exigir una explicación, Selene tuvo que sufrir un infierno de frustración y especulaciones hasta

que, por fin, horas después, todos se apiadaron de la familia y los dejaron solos.

Tenía que marcharse de allí, pensó. Probablemente para siempre. Tal vez entonces llegarían las lágrimas, aliviando la presión que se había ido acumulando en su interior.

Estaba atravesando la verja de la casa cuando lo vio.

Se había hecho de noche y no había mucha luz, pero lo reconoció de inmediato.

Aristedes Sarantos, al otro lado de la calle, mirando la casa como un centinela. Y el corazón de Selene se aceleró de curiosidad, de emoción.

¿Por qué seguía allí?

Decidida a preguntar, frenó a su lado.

–¿Quiere que le lleve a algún sitio?

Él se encogió de hombros.

–Pensaba ir andando hasta el hotel.

Selene abrió la puerta del pasajero.

–Suba.

Él la miró en silencio durante unos segundos y después subió al coche, doblando su atlético cuerpo como un leopardo para sentarse a su lado.

Y ella se quedó sin aire. Sabía que debería preguntarle en qué hotel se hospedaba, arrancar el coche, hacer algo. Pero no podía. Tenerlo tan cerca la impedía pensar.

«Concéntrate, eres una prestigiosa abogada y empresaria de veintiocho años, no una adolescente atolondrada».

Él le dio el nombre del hotel y después volvió a quedar en silencio.

Antes de aquel día había pensado que Aristedes Sarantos no tenía sentimientos, pero tal vez no era así.

Veinte minutos después, detuvo el coche frente al hotel en el que todo el mundo sabía que se alojaba cuando estaba en Nueva York. Aquel hombre podría comprarse un país entero, pero no tenía casa.

Aristedes abrió la puerta del coche y cuando pensaba que iba a marcharse sin decirle adiós, se volvió hacia ella. En sus ojos había un brillo de algo que la conmocionó, algo oscuro y terrible.

–Nos veremos en el campo de batalla.

No volvería a verlo salvo como enemigo, pero antes de volver a la batalla tenía que saber…

–¿Se encuentra bien? –le preguntó.

–¿Y usted?

Selene intentó llevar aire a sus pulmones.

–¿Usted qué cree?

–Interrogarme no hará que se sienta mejor.
–¿Tan transparente soy?
–Ahora mismo, sí. ¿Qué quiere saber?
–¿Aquí?
–Si quiere… o podría subir a mi habitación.
A su habitación.
Selene se mordió los labios para disimular, pero estaba temblando de arriba abajo.
–¿Cuándo comiste por última vez? –le preguntó Sarantos, tuteándola por primera vez.
Ah, claro, pensó Selene. Su nerviosismo era debido a la falta de comida, tenía que ser eso.
–Ayer por la mañana.
–Pues entonces ya somos dos. Vamos a comer algo.
Aristedes la llevó a su suite, pidió un *cordon bleu*, y la animó a comer. Era irreal tener a Aristedes Sarantos a su lado, preocupándose de ella. Y más raro aún estar en su suite, pero no sentirse amenazada. No sabía si alegrarse de que fuera un caballero o sentirse decepcionada.
Después de cenar, la llevó al salón de la suite, donde sirvió un té de hierbas. No habían hablado mucho durante la cena, ella nerviosa, él pensativo.
Aristedes se quedó frente a ella, con las manos en los bolsillos del pantalón.
–Habíamos tenido demasiados enfrentamientos –empezó a decir, –pero el último fue diferente. No parecía él.
Estaba hablando de su padre, pensó Selene. ¿Por qué había ido al funeral? ¿Se sentiría culpable? Su padre siempre decía que Aristedes Sarantos era inhumano…
–¿Crees que lo presionaste demasiado? ¿Te sientes responsable de su muerte?
Aristedes negó con la cabeza.
–Creo que *él* se presionaba demasiado en su deseo de no dejarme ganar; o, al menos, no dejar que ganase sin castigarme por ello.
–Y te sientes responsable.
Él no refutó esa afirmación.
–Nunca entendí nuestra enemistad. No éramos rivales, trabajábamos en campos complementarios y deberíamos haber sido aliados.
–Eso dijo mi padre una vez.
Aquello era totalmente nuevo para él. Y muy turbador.
–Pero despreciaba mis orígenes tanto como para no estrechar mi mano.

–No, eso no es verdad. Mi padre no era arrogante –replicó ella.

Aristedes se encogió de hombros.

–Seguramente no lo habría considerado arrogancia. Ciertas cosas están firmemente grabadas en la personalidad griega, pero tú no puedes saber eso porque no naciste allí.

–Puede que yo sea más estadounidense que griega, pero mi padre era griego de los pies a la cabeza. Yo lo conocía bien.

–¿Ah, sí? –Yo era su única hija, su protegida y luego su socia.

–Y una digna guerrera para sus tropas. Me costó mucho trabajo escapar de las trampas que me tendiste en la última negociación.

Selene había estado convencida de que lo tenía agarrado por el cuello, pero no sabía que a él lo hubiese preocupado. Aristedes Sarantos no era un hombre que se preocupase por muchas cosas.

–Pero al final lograste escapar –le dijo, recordando lo emocionante que había sido, cómo se había esforzado para seguir poniéndole obstáculos.

Él esbozó una sonrisa.

–Aunque no me resultó fácil.

Había sido muy emocionante batirse con él, aunque fuera sólo un duelo legal. Había ganado tantas veces como había perdido… hasta la última vez, cuando pensó que Aristedes le tenía tomada la medida y le resultaría imposible ganarle de nuevo.

Él dejó su taza sobre la mesa y se acercó, con ese caminar suyo tan varonil, para detenerse casi cuando sus rodillas se rozaban.

Y la mirada que lanzó sobre ella casi hizo que cayera en el sofá, una mirada de ardiente admiración, de reto.

–Eres una gran abogada, la que más dificultades me ha puesto. Y me has costado mucho dinero, pero yo siempre ganaré al final.

–¿Ah, sí?

–Tengo diez años más que tú y un siglo más de experiencia. Al contrario que tú, yo estudié Derecho por una sola razón: aprender a jugar sucio y parecer limpio.

Ella lo miró, sorprendida.

–Y no entiendes la enemistad de mi padre.

–Deberíamos haber sido socios y amigos, yo lo complementaba.

–Tu visión de los negocios era diametralmente opuesta a la suya.

–¿Y por lo tanto yo estaba equivocado y él no?

–No, no he dicho eso. Tú buscas el éxito a cualquier precio…

–Así son los negocios.

–Ya, pero tú haces que la frase «el negocio es el negocio» sea un modus operandi. Mi padre no era así.

–No.

Después del resignado monosílabo, Aristedes se quedó callado

durante largo rato. Y cuando el silencio se volvió demasiado pesado, demasiado abrumador, Selene decidió romperlo.

–Me enteré de lo de tu hermano.

El hermano de Aristedes había muerto en un accidente de coche cinco días antes, pero no le había parecido aceptable que la hija de su enemigo acudiera al funeral.

Él se sentó a su lado, su pierna rozándola.

–¿Vas a decir que también lamentas que se haya ido?

–Lamento la muerte de alguien tan joven, pero no tenía ningún contacto con él. No el que tú tenías con mi padre –dijo Selene. –Sólo intento ser tan sincera como tú.

Aristedes la miró a los ojos durante unos tempestuosos segundos y, de repente, la tomó por la cintura. Selene dejó escapar un gemido de sorpresa cuando se apoderó de su boca, sus labios exigentes, húmedos, su lengua dándole placer y robándole la razón al mismo tiempo.

Fue como si se hubiera roto una compuerta. Las manos de Aristedes se unieron al ataque, deslizándose por su cuerpo, sin detenerse y sin dejarla tomar aliento hasta que se apretó contra él, sin saber qué ofrecerle más que su rendición.

Sentía una presión en el pecho, en las piernas, detrás de los ojos mientras lo agarraba por los brazos. Pero él tiró de su blusa para sacarla del pantalón y empezó a acariciarla, sus manos como lava contra su ardiente piel.

–Por favor…

Aristedes abrió los ojos y en ellos había un infierno. Todo en ella la empujaba a acercarse más. Necesitaba algo… no sabía qué.

¿Qué estaba haciendo? Aquel hombre era Aristedes Sarantos, el enemigo de su familia, su enemigo.

–Di que no –murmuró él, mientras la besaba en el cuello. –Dime que pare. Si no me dices que pare seguiré adelante.

–No puedo…

–Entonces dime que no pare. Dime… –de repente, Aristedes se apartó. –*Theos*, tengo que parar, debes irte. No tengo preservativos.

Ella tuvo que disimular su decepción. Pero no podía dejar que parase, no podría soportarlo.

–Yo estoy sana y es el mejor momento del mes para mí… –empezó a decir. Sólo se había acostado con un hombre, Steve, pero cualquiera que la oyese pensaría que estaba acostumbrada a ese tipo de encuentros casuales.

Aunque daba igual. Quería aquello, lo deseaba, sentía que iba a desintegrarse si no…

–También yo estoy sano –Aristedes se colocó sobre ella, dándole lo que necesitaba, con la fuerza y urgencia que necesitaba.

Tiró de su ropa, rugiendo como un depredador cada vez que dejaba al descubierto un centímetro de piel; unos rugidos que se volvieron impacientes cuando la cremallera del pantalón se quedó atascada.

–Faldas, *kala mou*, debes llevar faldas…

Selene no había llevado falda desde el instituto, pero llevaría lo que él quisiera si así conseguía verlo loco de deseo.

Cuando por fin pudo quitarle el pantalón y capturar sus piernas con sus poderosas manos, las abrió y se apretó contra su centro húmedo.

Selene gritó de anticipación, de ansiedad.

Si en aquel momento sentía que el corazón escapaba de su pecho, ¿qué sentiría cuando siguiera adelante, cuando la hiciera suya?

Luego, Aristedes se puso de rodillas entre sus piernas, clavando los dientes en su trémula carne y dejando marcas que se evaporaban un segundo después. Y, sin embargo, Selene sentía como si la hubiera marcado para siempre.

–Preciosa, perfecta… –murmuró mientras tiraba de sus braguitas. Sin darle oportunidad de decir una palabra, Aristedes abrió sus pliegues con los dedos y ella gritó. Y volvió a hacerlo ante el primer contacto de sus ardientes labios. Y luego, una y otra vez, mientras lamía y chupaba su húmeda cueva, rugiendo de placer.

Pero aún deseaba más, deseaba llegar hasta el final con él.

–Contigo, por favor… contigo llenándome…

Él murmuró algo incoherente, como si su cordura estuviera derrumbándose, y se liberó del pantalón a toda prisa para colocar sus piernas alrededor de su cintura, bañándose en el río de lava mientras la acariciaba de arriba abajo con su aterciopelado acero.

Y después, con una fuerte embestida, se perdió dentro de ella.

Selene dejó de ver, de escuchar; sólo quedaba en ella la necesidad de tenerlo todo, de dejar que la invadiese en cuerpo y alma.

Y él lo hizo, empujando una y otra vez, llevándola más allá del límite, más allá de sí misma.

Cuando por fin abrió los ojos, en los de Aristedes vio la misma locura que se había apoderado de ella. Y le suplicó más, y más, que no parase nunca.

Las súplicas se convirtieron en gritos cuando el placer la abrumó por completo. Aristedes, temblando como ella, cayó sobre su pecho, jadeando.

No sintió nada más durante lo que le pareció una eternidad.

Nada más que estar con él en aquel momento de total intimidad, sintiendo sus espasmos mientras derramaba su esencia

en su interior.

Entonces, de repente, Selene sintió que le ardía la cara.

¿Qué había hecho?

Aquello debía ser una fantasía, un sueño. Había querido encontrar alivio en los brazos del único hombre que podía hacerla olvidar la muerte de su padre…

Pero era real.

Había hecho el amor con Aristedes Sarantos.

Y quería más.

Aún temblando, su erección ocupándola todavía, su cuerpo pedía más.

Y, como si oyera ese clamor, él respondió empujando de nuevo mientras se apoyaba con las manos en el sofá.

Selene temía mirarlo a los ojos.

¿Vería allí de nuevo esa distancia? ¿O peor, disgusto, desdén?

–Tú no eres una abogada normal… eres un arma de destrucción masiva, *kala mou*. Podrías matar a cualquier hombre –bromeó Aristedes.

Al contrario de lo que había temido, en sus ojos podía ver una ardiente sensualidad y, sonriendo, tiró de su cabeza para buscar sus labios.

Él no se movió, dejando que saborease el momento de ternura. Pero un segundo después se quedó sin aliento al notar que volvía a excitarse en su interior.

–No parece que tú estés muerto.

–Todo lo contrario. Pero espero que sepas a qué me estás invitando.

–¿A qué?

–Me estás dando licencia para hacerte mía, para hacerte lo que quiera.

Selene lo apretó con sus músculos internos.

–Sí, todo… dámelo todo.

Él rasgó su blusa en su prisa por quitársela, el roce de su torso inflamándola mientras la atormentaba tirando de sus pezones con los labios, embistiéndola al mismo tiempo.

Esta vez, el placer no fue una explosión sino una presión que iba en aumento, prometiendo una destrucción total.

–Es demasiado…

Pero Aristedes seguía moviéndose adelante y atrás una y otra vez hasta llegar a un crescendo diabólico que la hizo restregarse contra él, ordeñando cada gota de su esencia…

En esta ocasión, se desmayó durante unos segundos. Lo sabía porque volvió en sí de repente y encontró a Aristedes a su lado en el suelo, donde debían haber caído durante el apasionado encuentro,

acariciándola con manos posesivas.

En cuanto sus ojos se encontraron la tomó en brazos sin aparente esfuerzo y, mientras la llevaba al cuarto de baño, rozó su oreja con los labios, excitándola de nuevo.

–Ahora que nos hemos quitado el hambre de encima, es hora de devorarte apropiadamente.

Selene se movía en silencio por la habitación, reuniendo su ropa tirada en el suelo.

Cada vez que pensaba que aquel explosivo encuentro estaba a punto de terminar, Aristedes volvía a hacerle el amor… y había terminado quedándose todo el fin de semana.

Y aquélla era la única vez que estaba despierta mientras él dormía. Estaba tumbado en la cama, el magnífico cuerpo que la había poseído y dado placer durante dos largos días y noches, relajado por primera vez.

Quería volver con él, tumbarse a su lado y disfrutar de su virilidad, de su sensualidad.

Pero no podía hacerlo. La experiencia había cambiado su vida pero, de repente, se sentía perdida.

No sabía qué hacer, de modo que debía irse.

Tenía que pensar qué iba a hacer después de lo que había habido entre ellos y, sobre todo, averiguar cuáles eran las intenciones de Aristedes Sarantos.

Selene lo descubrió enseguida.

No porque Aristedes se hubiera molestado en llamarla sino por el titular de un periódico de tirada nacional.

Aristedes Sarantos vuelve a Grecia después de una breve visita de trabajo a Estados Unidos.

Eso era lo que quería: alejarse de ella sin mirar atrás.

Qué tonta había sido, pensó. ¿Por qué había pensado que aquello iba a terminar de otra manera? Incluso había querido que así fuera. ¿Por qué? ¿Por el sexo?

Pero si sólo había sido sexo, ¿cómo podía haber sido tan sublime?

«Cállate ya».

Sencillamente, Aristedes había hecho honor a su fama de conquistador obsesivo. Y ella había sido una tonta al pensar que podría haber algo más, que aquellos dos días podían convertirse en una relación.

Aristedes ni siquiera había pronunciado su nombre una sola vez.

No había sido más que una válvula de escape y también ella debería verlo de ese modo. Era su deseo de olvidar la muerte de su padre, de encontrar algún consuelo, lo que había desatado tan

extraño abandono. Y, aunque Aristedes fuese el último hombre en la tierra con el que debería haberse acostado, también era lo más seguro dejarse ir con el único hombre que haría lo que él había hecho: desaparecer cuando todo terminó.

Y ahora eran de nuevo los mismos de siempre… con una diferencia, que ella había heredado el papel de su padre como adversaria de Aristedes Sarantos.

Aquella locura había terminado.

Como si no hubiera ocurrido nunca.

Capítulo 2

Dieciocho meses después

Aris experimentó una sensación de *déjà vu.*

Estar frente a la mansión de los Louvardis hizo que recordase aquel otro día, más de un año y medio antes.

No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo. Era como si hubiese ocurrido el día anterior y, al mismo tiempo, en otra vida.

Aunque no había sido sólo un día sino todo un fin de semana con Selene Louvardis.

Se excitó al pensar en ella, como siempre que recordaba aquel fin de semana. Cada vez que lo recordaba revivía la fiebre que lo había poseído, terminando en aquella sensación irreal de paz, y casi de total amnesia. Había despertado sin recordar nada más que aquel tempestuoso encuentro...

Hasta que descubrió de que se había marchado. Y estando frente a su casa experimentaba la misma sensación de vacío que experimentó entonces.

Le había parecido rabia, incluso furia. Pero al final se dio cuenta de lo que era: alivio. Selene le había ahorrado el problema de encontrar una salida a su interludio de locura temporal, a esa intimidad inédita, por no decir llena de consecuencias. Se habían lanzado de cabeza como uno se lanzaba al peligro para escapar del dolor.

Pero, evidentemente, Selene había decidido que lo mejor sería no despedirse, romper sin decirse adiós, seguir con las hostilidades y olvidar que durante dos días habían sido amantes.

Había luchado contra el deseo de protestar por esa decisión durante horas, pero terminó pensando que era lo mejor.

Para respetar esa mutua decisión de evitarse, no había vuelto a Estados Unidos desde entonces. Ella era quien había impedido que volviese y era ella ahora, y sus hermanos, los que habían hecho que estuviera allí.

Estaba a punto de entrar en otra reunión familiar de los Louvardis. Esta vez, una fiesta en lugar de un funeral.

Ni los negociadores, ni los emisarios, ni los correveidiles habían podido resolver la situación, potencialmente más catastrófica que ninguna otra.

Los Louvardis ya no intentaban contenerlo con interminables

negociaciones. No, ahora estaban intentando destrozar con un hacha su trono en el mundo naviero y no tenía la menor duda de que se volverían kamikazes si de ese modo lo hacían caer con ellos.

De modo que estaba allí como última instancia, para descubrir qué había instigado aquello. Se lo debía a su padre, y a Selene, darles una oportunidad de llegar a un compromiso, de dar marcha atrás, antes de emplear toda su artillería pesada para hundirlos.

La ferocidad del último ataque hacía que se preguntara si Selene estaría detrás, aunque no le parecía posible porque no era una mujer despechada; en realidad, había sido ella quien le dio la espalda.

Pero, fuera lo que fuera, tenía que terminar de inmediato, de una manera o de otra.

Por fin, atravesó la verja de entrada. Afortunadamente, el hombre que le pidió la invitación debió reconocerlo porque no le puso ninguna pega. No sabía cómo habría reaccionado si alguien se hubiera interpuesto entre él y su objetivo, que pensaba conseguir en el menor tiempo posible antes de marcharse de allí, esta vez para no volver.

Aristedes atravesó la enorme puerta de roble de la mansión, la curiosidad de la gente con la que se cruzaba enfureciéndolo aún más. Debía estar en peores condiciones de lo que había creído si esa violación de su privacidad, que hasta entonces no le había importado nunca, lograba sacarlo de quicio.

Tenía que encontrar al clan Louvardis y lo antes posible…

–Esta vez puedo echarte a patadas, Sarantos.

Nikolas Louvardis. El que llevaba el timón de la empresa familiar, por así decir, desde la muerte de Hektor. Y probablemente el responsable de la escalada en las hostilidades. Mejor. Él siempre lidiaba con la fuente de los problemas.

Aristedes se volvió hacia el hombre que los medios llamaban «el otro» dios griego del negocio naviero.

–Hola, Louvardis –le dijo, mirando sus ojos azules y sin molestarse en ofrecerle su mano porque sabía que no la estrecharía. Pero terminaría aquella conversación obligándolo a que la estrechara. –Yo también me alegro de verte.

–Date la vuelta mientras puedas hacerlo por tu propio pie, Sarantos. Si no lo haces, los reporteros grabarán en vídeo lo que pase y lo venderán al mejor postor.

Aris contuvo una risa amarga.

–No me vendría mal un poco de propaganda, pero me han dicho que tocas el piano y no creo que quieras arriesgar tus preciosas manos.

–Sólo contra tu mandíbula, Sarantos –replicó Nikolas. –O tal vez

no. Que estés aquí lo dice todo: tienes miedo.

–¿Ah, sí? Explícame esa fascinante teoría.

–¿Quién soy yo para decepcionar al gran Aristedes Sarantos? –Nikolas le mostró los dientes en una sonrisa que, seguramente, haría que muchos hombres se asustasen. –En este momento te ves en la obligación de convertirte en el mayor magnate naviero del mundo, no sólo uno de ellos, o te arriesgas a perderlo todo. Y sólo una empresa impide que lo hagas, la naviera Louvardis.

–Vosotros no sois el único imperio.

–Pero somos los mejores –replicó Nikolas. –Si no lo fuéramos, si tuvieses alguna alternativa, no estarías aquí.

–A vosotros os ocurre lo mismo. Ahora más que nunca es vital que formemos equipo. Puede que seáis los mejores ingenieros navales, pero yo soy el mejor constructor.

Nikolas se encogió de hombros.

–Estamos dispuestos a darle ese puesto a otro. Y sea quien sea el que elijamos, pronto será el mejor.

–Yo podría decir lo mismo –replicó Aris. –Pero preferiría no buscar nuevos colaboradores.

–¿Por qué no?

–No he llegado donde estoy arreglando lo que no está roto. ¿Por qué intentas romperlo tú? Incluso tu padre, que argüía diferencias irreconciliables con mi modo de hacer negocios como razón para ser mi enemigo, jamás fue tan lejos como para vetarme antes de firmar un contrato. Siempre logramos llegar a un acuerdo beneficioso para los dos. ¿Por qué ese cambio de táctica?

–Mi padre siempre intentó apartarte del negocio. Que acabara doblegándose no fue por tus fabulosas dotes para negociar sino que tus tácticas terroristas asustaron a los accionistas y al consejo de administración. Y eso es algo que pensamos rectificar. No volverás a retorcernos el brazo, Sarantos.

Aris dio un paso adelante.

–Hablas como si Hektor no me hubiera retorcido el brazo en muchas ocasiones. Estábamos empatados, yo perdí tantas veces como vosotros y gané otras tantas. Especialmente desde que tus hermanos y tú aparecisteis en escena.

–Mi padre nos reclutó cuando pensó que necesitaba sangre joven y la creatividad de las nuevas generaciones. Aunque lo hizo a su pesar.

De modo que no todo había sido armonía en el hogar de los Louvardis, pensó Aris. Nikolas estaba resentido contra su padre por no apreciar su talento.

¿Quién habría pensado que Nikolas Louvardis y él pudieran tener algo en común? Y algo tan esencial, además.

–Pero al final os reclutó y acabasteis siendo más problemáticos para mí que vuestro padre. Llevasteis el juego a un nivel más alto y me obligasteis a ser mejor jugador. Pero tú sabes, como él, que no os interesa dejarme fuera.

–¿Dejarte fuera? –repitió Nikolas, irónico. –Destruirte querrás decir.

–No digas tonterías –murmuró Aris, que quería llevar la discusión a un terreno personal. –¿Crees que perder un contrato, por grande que sea, puede destruirme?

Nikolas se encogió de hombros.

–Tal vez no, pero sería el principio del fin para ti.

Aris apretó los labios, molesto. Aquel hombre parecía más intratable que su padre y había pensado que eso era imposible.

–¿Ya has encontrado a alguien que me reemplace? ¿Alguien con mis recursos y mi experiencia, por no hablar de visión y flexibilidad? Terminarías en el limbo sin mí y los dos lo sabemos.

–Nos preocuparemos de eso cuando tú hayas desaparecido.

–No te engañes a ti mismo pensando que tu padre colaboró conmigo sólo porque se vio obligado a hacerlo. Él sabía que yo era el único que podía hacerle justicia a sus barcos.

–Tal vez, pero yo siempre te he despreciado y nunca he creído en ese adagio de «mejor lo malo conocido».

–Deja los ataques personales para más adelante, Nikolas. Tenemos miles de millones de dólares pendientes de esta decisión. Ya has dejado claro lo que piensas, lo he entendido. Pero tú sabes que acabarás dándome la mano.

–No mientras pueda evitarlo.

–¿Tus hermanos piensan lo mismo?

–¿Sabes una cosa, Sarantos? Tú eres lo único en lo que mis hermanos y yo estamos de acuerdo.

Debería haberlo imaginado.

Aris suspiró.

–Si me obligas a hacerlo, iré contra ti. Y te aseguro que no te gustará.

El rostro de Nikolas irradiaba puro placer.

–Ah, por fin, las amenazas. Era lo que esperaba.

–No he venido para amenazarte, he venido a pedirte que no me obligues a hacerlo. Porque aunque destruirte me hundiese, volvería a la cima agarrándome con uñas y dientes a lo que fuera. Después de todo, lo hice la primera vez.

La sonrisa de Nikolas murió mientras sostenía la mirada fría de Aris. Pero acababa de decirle cuánto valoraba la asociación con los Louvardis, dando por sentado su intención de ofrecerles el cincuenta por ciento en los futuros contratos. Nikolas no había

estrechado su mano, pero podía notar las primeras señales de un cambio de opinión.

–Deja que hable con vuestra directora jurídica sobre este contrato. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

Después de decirlo, Aris estuvo a punto de retirarlo.

No debería haber mencionado a Selene porque, de repente, su imperturbable adversario se convirtió en un tipo irracional, el típico griego que preferiría que su hermana pequeña no conociese varón, aunque fuese una mujer adulta y una de las mejores estrategas de la empresa.

–Hablarás conmigo –anunció Nikolas– o con los abogados que yo designe. Ella no está disponible.

–Ella está aquí.

Esa voz…

Esa melodiosa y aterciopelada voz, ese canto de sirena que se había repetido en la mente de Aris durante dieciocho meses. Esa voz, formal en los negocios, abandonada en el placer, frenética durante el clímax y adormilada de satisfacción después reverberaba en sus huesos con la fuerza de una explosión.

Estaba allí.

Aris se dio la vuelta, olvidándose de Nikolas y del resto del mundo. Y la esperanza de que su recuerdo de ella fuera exagerado murió de repente. Porque allí estaba, mucho más guapa de lo que recordaba.

Aunque era de día, seguía pareciendo la diosa de la luna, como su nombre. Alta, segura de sí misma, serena, voluptuosa e hipnótica con un traje blanco que escondía las curvas que él recordaba tan bien. Su cascada de pelo negro ondulaba como la noche con el lánguido ritmo de sus pasos y esos ojos azules, rodeados por el velo de sus pestañas, estaban clavados en él.

Y fue el desafío de su frialdad lo que consiguió lo que no conseguía ni su más feroz enemigo: romper las cadenas de la bestia que llevaba dentro, inflamándolo.

Y en ese momento lo supo.

No sólo seguía deseando a Selene Louvardis.

La deseaba con un ansia feroz.

Era ese ansia lo que lo había impedido descansar, relajarse. Había esperado olvidarse de ella, encontrar una cura, por eso se había alejado. No para no verla sino por miedo a descubrir que lo que había despertado en él era indispensable.

Ella se lo confirmó con una sola mirada y esa mirada fue suficiente para que tomase una determinación.

Daba igual el precio que tuviese que pagar, empezando por sí mismo, tendría a Selene Louvardis de nuevo.

Ella se detuvo a unos pasos, inclinando a un lado la cabeza y dejando que la melena cayera en cascada sobre su hombro, esa rica melena que brillaba como el ónice en contraste con el traje blanco.

Le temblaban las manos con el deseo de tocarla, de acariciar los sedosos mechones, sujetar la orgullosa cabeza y doblar su elegante cuello para besarla.

Y lo haría, lo había decidido. Sería suya de nuevo.

Pero, por el momento, saboreaba la distancia porque eso aumentaría el placer de su capitulación.

Ignorando su presencia, Selene se concentró en su hermano.

–Tú no puedes decidir cuándo estoy disponible y cuándo no lo estoy, Nikolas –le advirtió. –Pero cualquier conversación que mantengamos con el señor Sarantos se hará a través del equipo legal de la empresa.

En ese momento sonó el teléfono de Nikolas y Aris apenas se fijó en él mientras contestaba, sus sentidos cautivos de Selene hasta que un gruñido lo devolvió a la realidad.

Nikolas pasó al lado de su hermana para salir de la habitación.

–Tengo que irme. Despídete de él y vuelve a la fiesta. Hay mucha gente importante con la que debemos mezclarnos… o, al menos, gente soportable.

Aris no dejó de mirar a Selene mientras Nikolas desaparecía, intentando adivinar sus pensamientos.

Estaba actuando como una Louvardis, como la abogada cuya familia había decidido llevarlo a la guerra.

Tenía que ser una fachada. Era imposible que el deseo que sentía no fuera en parte en respuesta al de ella.

Pero Selene se dio la vuelta.

–¿Estás siendo una hermana obediente, haciendo lo que te pide tu hermano?

Sus palabras hicieron que se detuviera y cuando lo miró a los ojos, Aris sintió que algo se movía dentro de su pecho.

–¿Me estás desafiando para que me quede?

Él se encogió de hombros.

–Si eso funciona…

–Ah, claro.

–Dame una razón por la que no puedas hablar conmigo.

–Podría darte un índice alfabético de razones –replicó ella. Y Aris tuvo que sonreír ante el delicioso sarcasmo. –Pero una razón será suficiente: lo primero que aconsejo a mis clientes es que no entren en contacto directo con su adversario.

–Pero nosotros no somos adversarios.

–¿Ah, no? Una semana después de la muerte de mi padre, maniobraste para que el mercado naviero optase por otra empresa

de ingeniería naval. Sin duda, como primer paso para quitarnos de en medio de una vez por todas.

–Yo no quería otra empresa –dijo Aris, tomándola del brazo. –Sigo sin quererla. Pero no me disteis otra opción. Dame una ahora, no quiero que seamos enemigos.

Y como había hecho esa noche, cuando le dio pasión y consuelo, Selene volvió a hacer algo inesperado.

En lugar de apartarse, asintió como para sí misma antes de mirarlo solemnemente.

–Esto hay que solucionarlo de una vez por todas.

Luego se apartó y empezó a caminar en dirección al interior de la casa.

Unos minutos después, entraban juntos en el despacho de su padre, que parecía haber sido conservado como un santuario. La presencia de Hektor permeaba la habitación y Aris podía imaginar al viejo león entrando en cualquier momento, acusándolo de algo…

–Mi padre dejó en su testamento instrucciones sobre cómo tratar contigo.

–¿Y tú sigues esas instrucciones al pie de la letra, sin reflexionar?

Selene puso la mano sobre el escritorio, como si necesitara apoyarse en algo.

–Mi padre no quería que crecieras demasiado. Pensaba que si te hacías demasiado fuerte, el negocio naviero mundial sufriría y todos estamos de acuerdo.

Aris dio un paso adelante.

–Al menos, deberías decirme cuáles son los cargos contra mí antes de pronunciar la sentencia. Además, aunque fuese el monstruo que tu padre creía que era, tú eres experta en controlar a los posibles enemigos y en convertir un peligro en un beneficio potencial.

Esos ojos mágicos de Selene se volvieron opacos mientras sacudía la cabeza.

–La decisión ha sido tomada.

–Pues cámbiala. Te juro que lo que pasó hace año y medio no significa que quisiera librarme de ti. No tienes que luchar a muerte conmigo.

Selene dejó escapar un suspiro.

–Muy bien. Entonces redactaré una nueva lista de reglas para futuras negociaciones. Serán justas pero estrictas y nos protegerán contra futuras traiciones. Si hablas en serio, estarás de acuerdo con ellas.

Aris no vaciló ni un segundo.

–Lo haré –afirmó.

–Si lo haces, recomendaré a mis hermanos que sigan haciendo negocios contigo.

Aris sintió la emoción de la pelea, de su interacción, ese toma y daca que también habían vivido en el dormitorio.

–Entonces, está decidido. Y ahora que nos hemos quitado eso de encima, hablemos de cosas más importantes. Hablemos de nosotros.

Los ojos de Selene se volvieron tan oscuros como una noche sin luna.

–Mira, Sarantos…

–Aris –la corrigió él.

Lo había llamado Sarantos durante aquel fin de semana y, aunque eso era excitante y quería que lo llamase así en determinados momentos, también quería llevar la relación a otro nivel. Quería que lo llamase por el apelativo que siempre le había gustado, aunque nunca se había sentido tan cerca de alguien como para dejar que lo usara.

Selene frunció los labios, intentando mostrarse severa, pero sólo consiguió que pareciesen más generosos y jugosos que nunca.

–Prefiero llamarte Sarantos. Y éste es el final de la conversación.

Aristedes levantó una ceja.

–Dame una buena razón para eso.

–Sencillamente, porque yo deseo que sea así.

–Pero yo deseo otra cosa: a ti.

Eso pareció dejarla sin palabras por un momento. Y tuvo que aclararse la garganta antes de contestar:

–¿Por qué? ¿Tienes el fin de semana libre?

El tono en que lo había dicho, lo dejaba perplejo. Parecía… ¿enfadada, dolida? ¿Por qué?

–Nuestro fin de semana fue increíble, incendiario. Y quiero más.

–Hemos vivido perfectamente sin tener «más» durante un año y medio.

–No, yo no –le confesó él entonces, con todo el ansia que había intentado contener durante ese tiempo. –Pensé que era mejor que no volviéramos a vernos, pero no he dejado de desearte.

Selene apartó la mirada durante un segundo, pero enseguida volvió a mirarlo con una sonrisa irónica.

–Bienvenido al mundo real, Sarantos. Uno no debería tener todo lo que desea.

–De nuevo, dame una buena razón.

–¿Qué quieres, que pasemos otro fin de semana juntos? Ya he dicho que paso –Selene apartó la mirada de nuevo, sintiéndose acorralada por la suya. –Y no tengo por qué darte razones.

–Pero yo no quiero otro fin de semana, quiero todo lo que

podamos tener... cuando resulte conveniente para los dos.

Ella lo miró, boquiabierta.

–¿Me estás proponiendo… por falta de un término más moderno, que tengamos una aventura?

Aris se acercó un poco más, tanto que sus muslos se rozaban.

–Si eso es lo que los dos necesitamos…

–Pero no estás proponiendo sólo una aventura. Quieres una relación intermitente, puramente sexual y, sin duda, secreta.

Él la tomó por los brazos y Selene se quedó inmóvil, las emociones en sus ojos cambiando a tal velocidad que era incapaz de descifrarlas.

–Es lo único que podemos hacer –le dijo, intentando transmitirle su deseo, su convicción. –Separar este acuerdo nuestro del negocio, del mundo, empezando por tu familia, para evitar que ensucien lo que sentimos el uno por el otro. Nuestras carreras son demasiado exigentes y nuestras agendas de trabajo nos mantienen en países diferentes. Pero haré todo lo posible para estar contigo a la menor oportunidad. Debería habértelo propuesto hace año y medio… no debería haberte dejado marchar.

Selene bajó la mirada para ocultar su expresión.

–Supones que yo quiero lo mismo.

–Porque así es. Pero, evidentemente, crees que debes sacrificar el placer a cambio de tu carrera y tu familia. Por eso has llegado tan lejos siendo tan joven, eres como yo.

Ella lo miró entonces y el antagonismo que vio en sus ojos lo sorprendió. Y, sin embargo, lo enloquecía con el deseo de domarlo.

–Yo no soy como tú –le espetó, su voz tan dura como su mirada. –Y no me gusta que me digan lo que quiero o lo que necesito.

Selene quería pelea, estaba claro. Y a él no le importaba. Estaba dispuesto a cualquier cosa para volver a tenerla entre sus brazos.

–Me deseas –le dijo, tomándola por la cintura. –Y si quieres pruebas, te las daré.

Aris apartó de un manotazo todo lo que había sobre el escritorio y ella lo miró, alarmada y consternada… y excitada a la vez.

–Son las cosas de mi padre, idiota…

Él la empujó contra el escritorio hasta que estuvo tumbada de espaldas sobre él y, sin decir nada, empezó a desabrochar los botones de su chaqueta.

–No se ha roto nada y volveré a colocarlo todo en su sitio… después. Ahora, en cuanto a esa prueba…

Los ojos de Selene eran como océanos tormentosos mientras deslizaba una mano por sus muslos.

–¿Qué haces?

–Dime que no te gusta esto –murmuró Aristedes, sujetando su

pelo y despertando un gemido de esos labios rojos como pétalos de rosa. –Y esto… –dijo luego, inclinando la cabeza para enterrar la cara entre sus pechos, inhalando el aroma que había estado persiguiéndolo durante dieciocho meses.

Cuando Selene abrió los labios para respirar, él aprovechó para invadir su boca, devorando sus gemidos de placer.

–Y esto… –Aristedes empujó sus caderas hacia ella. –Dime que no es esto lo que veías cuando cerrabas los ojos, despierta o dormida.

Selene lo miró con fiero desafío y algo que le pareció ¿decepción?

–Tengo un apetito sexual normal y tú eres la fantasía de cualquier mujer. Demasiado obvio como para necesitar pruebas.

–Soy tu fantasía, pero tú no vas por ahí satisfaciendo tu apetito sexual con cualquiera. Seguro que a otro hombre le habrías sacado los ojos.

Selene intentó colocarse la ropa con manos temblorosas.

–Yo estaba pensando en la catástrofe legal que sería dejarnos llevar por la tentación.

–La única tentación a la que tú te has resistido es la de arrancarme la ropa y clavar las uñas en mi espalda mientras me suplicas que te haga mía.

–Tal vez –concedió ella. –Y tal vez si me hubieras hecho esa proposición aquel fin de semana habría dicho que sí. Pero ahora es demasiado tarde, hay otra persona en mi vida.

Aristedes se quedó inmóvil mientras ella bajaba del escritorio para dirigirse a la puerta, vibrando como un edificio después de un terremoto.

Pero cuando puso la mano en el picaporte, le ordenó:

–Rompe con él.

Selene lo miró, incrédula.

–¿Perdona?

–Si aún me devuelves los besos, si deseas devorarme como yo a ti, es absurdo que sigas con él. Terminarás haciéndole daño.

–Crees que lo controlas todo, ¿verdad?

–No, pero por fin me he dado cuenta de lo que hay entre nosotros. Si puedes decirme que estar conmigo no fue el placer más intenso de tu vida, que otra persona puede darte lo que yo te doy… estarás mintiendo. Un deseo como éste, una compatibilidad como ésta ocurre una vez en la vida… si tienes suerte. Y nosotros la tuvimos ese fin de semana.

Ella negó con la cabeza, volviéndose para abrir la puerta.

–Di que sí, como hiciste ese fin de semana –insistió Aristedes, llegando a su lado en dos zancadas para tomarla del brazo. –Rompe

con ese otro hombre. Yo esperaré.

Pero esta vez, ella se apartó como si su roce la quemara.

–No. Y es una respuesta final. Tuvimos nuestra aventura y no hay ninguna razón para resucitarla –Selene abrió la puerta y lo miró por encima del hombro. –Ya conoces el camino, Sarantos. Puedes salir solo.

Aristedes salió de la casa, pero no antes de reunir toda la información que necesitaba para empezar su campaña.

No iba a aceptar una negativa y tampoco esperaría que Selene recuperase el sentido común. No estaba comprometida o él lo sabría, de modo que su plan era muy sencillo: averiguaría quién era el otro hombre y rompería la relación.

Había descubierto que ya no vivía en la mansión familiar, de modo que esperaría en el coche hasta que saliera de la fiesta.

Quince minutos después, la seguía hasta un exclusivo club de campo cercano a la mansión Louvardis. Selene se detuvo frente a una mujer que tenía un niño en brazos y se inclinó para besarlo antes de alejarse.

Aristedes fue tras ella, temiendo perderse el encuentro con el hombre al que ya consideraba su rival, y pasó al lado de la mujer, mirando distraídamente al bebé que tenía en brazos.

Pero algo que no podría definir hizo que lo mirase por segunda vez. Y por tercera vez. Y entonces el mundo se puso patas arriba.

El niño.

Ese niño.

Ese niño era hijo suyo.

Capítulo 3

Aris estaba totalmente convencido. El robusto cuerpecillo del niño, los rizos de color caoba que adornaban su perfecta cabecita, las cejas y el frunce de los labios que le daba una expresión decidida… era la misma expresión que había visto en otra cara, en una foto que casi tenía cuarenta años.

Pero hubo algo más, esa punzada en el corazón.

Era imposible, incomprensible. Pero también era irrefutable, la única certeza de su vida.

Aquél era su hijo.

Entonces el niño se fijó en él. Lo miró con unos ojos grises llenos de curiosidad, unos ojos como misiles que se clavaron en su corazón.

Antes de que pudiese reaccionar, el niño le regaló una sonrisa y Aris tuvo que hacer un esfuerzo para llenar sus pulmones de aire. Atónito, observó cómo ese paquete de pura energía alargaba los bracitos en su dirección, moviéndose y protestando hasta que su niñera tuvo que dejarlo en el suelo.

Y se quedó donde estaba, por primera vez en muchos años incapaz de reaccionar, de pensar, esperando que otro ser decidiera su destino.

Aristedes vio, incapaz de hacer nada, como el niño intentaba agarrarse a sus piernas.

Y sintió… sintió…

No había palabras para definir lo que sentía.

–Alex, ven aquí, cariño.

La voz femenina era desconocida. De pelo y ojos oscuros, entrada en años pero elegantemente vestida y peinada, la mujer no estaba mirándolo a él sino al niño.

–Lo siento mucho, señor –se disculpó. –Voy a buscar algo para limpiarlo.

Aris la miraba sin verla mientras corría hacia una mesa y volvía poco después con un paño. Luego se inclinó para tomar en brazos al niño, que seguía mordisqueando la pernera de su pantalón, a pesar de las ruidosas protestas del crío.

–Lo siento mucho… espero que se quite la mancha. Pero no se preocupe, la señorita Louvardis le compensará por los daños.

Aris miró el paño y luego a la mujer, perplejo. Evidentemente, trabajaba para Selene. Debía ser la niñera.

Del hijo de Selene.

El hijo de Selene… y suyo.

–No sé qué le ha pasado –siguió la mujer. –Normalmente no se acerca a los extraños.

Aris apenas la escuchaba. Estaba concentrado en el niño, que seguía alargando los bracitos hacia él, sus ojos grises llenos de lágrimas, sus labios temblorosos, como si estuviera suplicándole que lo salvase de algún monstruo.

Sin pensar, Aris levantó los brazos para tomarlo…

–¡Eleni!

Los tres se volvieron y el niño lanzó un grito de alegría.

Selene.

Aris la vio acercarse, como una leona defendiendo a su cachorro, la melena oscura volando alrededor de su cara como furiosas llamas negras.

–Eleni, recógelo todo, nos vamos ahora mismo.

La mujer miró a Selene, aparentemente sorprendida por el tono. Pero, asintiendo con la cabeza, recogió la bolsa del niño y desapareció sin decir nada.

Entonces se concentró en Selene. Selene, que lo miraba como si fuera a lanzarse a su cuello.

–¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a seguirme?

No tenía sentido negar la acusación, aunque en realidad no quería una respuesta. Y lo dejó claro dándose la vuelta para seguir a la niñera y el niño.

Sin pensarlo dos veces, Aris fue tras ella y la tomó del brazo.

–¡Te he dicho que me dejes en paz!

–No me lo habías contado. No me dijiste que teníamos un hijo –le espetó él.

La verdad estaba en sus ojos. La veía luchando contra mil reacciones distintas, desde la sorpresa al miedo y la resignación al verse descubierta. Y, de nuevo, la furia en menos de un segundo.

Pero Selene Louvardis era una fabulosa abogada que podía lidiar con cualquier situación, por difícil que fuese.

De modo que irguió los hombros y le enseñó el rostro que mostraba en los tribunales: serio, inescrutable, compuesto.

–¿Por qué iba a contártelo? ¿Qué tiene que ver contigo?

–Tú has hecho que no tuviera nada que ver conmigo.

Su propia voz sonaba extraña a sus oídos, absolutamente furiosa.

A Selene le temblaban los labios, pero contuvo el temblor apretándolos en un gesto desafiante. No estaba tan serena como quería aparentar, pero un segundo después su expresión volvió a ser impenetrable.

–Mira, Sarantos, si te preocupa que esto tenga repercusiones para ti, puedes estar tranquilo. Lo nuestro fue un encuentro fortuito y yo pensé que estaba segura… no se me ocurrió pensar en el caos hormonal que sufría tras la muerte de mi padre. A ti no se te ocurrió comprobarlo y yo no tenía intención de llamarte para ver si te parecía bien que tuviese a Alex. Pero sé que, de haberlo sabido, me habrías dicho que no lo querías. Soy yo quien decidió tenerlo, así que es mío y mío sólo. Fin de la historia.

En ese momento, la niñera apareció de nuevo empujando el cochecito de Alex.

–Siento mucho que lo hayas visto y más que lo hayas reconocido de inmediato. Pero, de verdad, no ha cambiado nada. Siempre pensé que acabaría teniendo un hijo sola gracias a un donante de esperma… la realidad ha sido diferente, pero no te veas a ti mismo como algo más que eso.

–¿Qué quieres decir?

–Que puedes volver a tu vida como si no hubiera pasado nada. Y también puedes borrarme de tu lista de mujeres disponibles. Querer una aventura conmigo sólo ha sido un incidente, un impulso que mi reticencia aumentó. Has venido para hablar de un contrato y estoy de acuerdo en aceptar tu oferta, nada más. Así que adiós, Sarantos. De verdad espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse.

Esta vez, Aris no movió un músculo para detenerla.

La vio empujar el cochecito, con la niñera a su lado, y alejarse a toda prisa. Y se quedó donde estaba, atónito.

Tenía razón.

En todos los sentidos.

Si hubiera llamado para preguntarle, le habría dicho que un hijo era lo último que deseaba. Hasta que vio al niño, Alex, la idea de tener un hijo lo había llenado de terror.

Pero había visto a Alex.

Y había vuelto a ver a Selene.

Y a partir de ese momento, todo lo que sabía sobre sí mismo, todos sus planes de futuro, todo había dado un vuelco.

Selene se contuvo hasta que metió a Alex en la cuna y se despidió de Eleni, pidiéndole disculpas por haberle hablado en ese tono por la tarde.

Y luego se dejó caer sobre la cama, vestida, temblando.

Aristedes había descubierto la existencia de Alex y se había dado cuenta, ignoraba cómo, de que era hijo suyo.

Aún no podía creer que lo hubiese averiguado sólo con mirarlo.

Alex no se parecía tanto a él… ¿o sí? Si tanto se parecía, ¿por qué nadie más se había dado cuenta? Sus hermanos no conocían la

identidad del padre del niño y no porque no lo hubiesen intentado. La habían interrogado de todas las maneras posibles e incluso contrataron a un detective para que lo averiguase, pero sin resultados. Luego hicieron una lista de todos los hombres que se habían cruzado en su camino, eliminándolos sistemáticamente.

Aristedes Sarantos era probablemente el único hombre al que ni siquiera habían tenido en cuenta.

¿Por qué? ¿Sería debido a su odio por él o a su convicción de que no sería tan tonta como para acostarse con el enemigo?

Sin embargo, Alex tenía el pelo de Aristedes, sus ojos grises y el mismo hoyito en la barbilla…

Verlos juntos había sido devastador.

Desde que descubrió que estaba embarazada no había podido dejar de preguntarse cómo habría sido su vida si su relación con Aristedes hubiera sido diferente.

Pero las cosas eran como eran y no había manera de cambiarlas. Como ella había sabido siempre.

Siempre se había dicho a sí misma que su fascinación por Aristedes no podría llegar a nada debido al odio que su familia sentía por él. Pero últimamente había tenido que aceptar la verdad: que no había nada que hacer porque Aristedes jamás había mostrado el menor interés por ella cuando, según las revistas, se mostraba interesado en cualquier mujer guapa. Por eso le dolía tanto estar encandilada con él.

Y después de aquel fin de semana, cuando le demostró que la realidad era mucho más increíble que sus fantasías, su condición había pasado de severa a preocupante.

Por eso no había sido capaz de hablar con él por la mañana, de esperar su veredicto sobre qué iba a pasar con ellos.

Tras la fachada de abogada segura de sí misma que presentaba ante el mundo, estaba la hija única de una familia patriarcal. Su madre había muerto cuando ella tenía sólo dos años y todos los hombres de su familia habían intentado compensar siendo súper protectores. Pero habían terminado siendo restrictivos y controladores, aunque no fuese intencionado.

Y, por eso, había crecido luchando por su independencia, por ser ella misma.

En lo que se refería a los hombres, con la excepción de su breve compromiso con Steve, sus relaciones siempre habían sido superficiales. Se había resignado para entonces a creer que ningún hombre se acercaría a ella sólo por su encanto sino más bien por el dinero y el poder de su familia.

Pero todo se complicaba con la existencia de Aristedes. Cualquier otro hombre palidecía en comparación y, después de

pasar un fin de semana con él, necesitaba saber que podría quererla para algo más que para un par de revolcones.

Pero ni siquiera la había llamado por teléfono.

Aun así, después de la humillación inicial, había inventado excusas para él. Incluso después de que eliminase a la empresa Louvardis del contrato, una semana después de la muerte de su padre, había sido tan tonta como para pensar que no tenía nada que ver con ese fin de semana, que Aristedes tenía que hacer lo que era mejor para su negocio. Se decía a sí misma que no podía haber imaginado la pasión que había entre ellos, que él podría querer retomar la relación.

Había esperado que se pusiera en contacto durante meses, hasta que por fin tuvo que admitir que no lo haría. Aristedes Sarantos era exactamente lo que todo el mundo decía que era: un adicto al poder, una máquina de ganar dinero. Y lo que ella había creído un encuentro apasionado no había sido más que otro revolcón para él, algo que olvidó de inmediato.

Claro que Aristedes no le había dado a entender que pudiese haber nada más, de modo que había sido una boba por hacerse ilusiones.

Ella había crecido sabiendo cómo eran los hombres en posiciones de poder gracias al ejemplo de su padre y sus hermanos. Sabía que había una subespecie de hombres a quienes les gustaban las aventuras efímeras e intensas, pero consideraban cualquier tipo de compromiso como una enfermedad. Y Aristedes era peor que esos hombres.

Su aventura no había sido efímera, había sido devastadora. Y había terminado. Fin de la historia.

Al menos, para él. Para ella, la historia sólo había empezado y duraría para siempre.

Cuando por fin se acostumbró a la idea de que estaba esperando un hijo se lo contó a sus hermanos y ellos, sorprendidos de que su cerebral hermana hubiera quedado embarazada por accidente, se volvieron los típicos hermanos griegos, exigiendo conocer la identidad del padre. Pero ella les había dicho que el niño era suyo e iba a tenerlo. Punto.

Y, a pesar de todos los problemas de ser madre soltera, Alex era lo mejor que le había pasado en toda su vida.

A veces había deseado que el niño tuviera un padre y no sólo a sus tíos como figuras paternas. Pero luchaba contra ese deseo absurdo. Y cuando pasaron los primeros meses, los peores, entendió que Aristedes jamás formaría parte de sus vidas. Había desaparecido para siempre y así tenía que ser.

Pero había aparecido en la mansión Louvardis horas antes y allí

estaba.

Su corazón se aceleró al recordar lo que sintió al verlo después de tanto tiempo.

Incluso de espaldas a ella, sólo escuchar su voz mientras discutía con Nikolas había despertado una tempestad de anhelos e inseguridades.

Necesitaba alejarse antes de que su presencia destrozase su bien ordenada vida… pero había resultado ser la peor de las decisiones.

Aunque no parecía ser capaz de tomar una decisión acertada, dar un paso o tener un pensamiento que no terminase en catástrofe cuando se trataba de Aristedes Sarantos.

En lugar de darle razón para que se marchase, se había enfrentado con él. En lugar de sacarle los ojos, casi había sucumbido al deseo que sentía por él y sólo por él.

Y su actitud retadora había despertado el interés de Aristedes. Incluso le había ofrecido que fuera su amante en Estados Unidos… otra más, estaba segura, en una larga lista.

¿Y la peor parte? Se había sentido indignada, decepcionada, insultada. Pero también tentada.

Ya ni siquiera intentaba negarlo.

Seguía deseándolo con todas sus fuerzas.

Bueno, ¿y qué importaba?, se dijo. Ella era una mujer y cualquier mujer con sangre en las venas desearía a un hombre como Aristedes Sarantos.

Pero igual que no devoraba un pastel de chocolate sencillamente porque le apetecía, tampoco lo tendría a él. No se acercaría a Aristedes y no dejaría que se acercase a ella. Ni a Alex.

Aunque tampoco él querría saber nada.

Seguramente saldría corriendo y no volvería nunca.

Selene tenía una nueva convicción: quien hubiera inventado los dioses griegos no tenía ni idea de que alguien como Aristedes Sarantos existiría algún día, haciendo que esos dioses pareciesen comunes mortales.

Porque, contrariamente a lo que había esperado, Aristedes no había desaparecido.

No, había vuelto.

Dina, su secretaria, una mujer inteligente y madura, entró delante de él, con la expresión de una quinceañera que hubiera visto por primera vez a una estrella del rock, y Selene tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco mientras le hacía un gesto para que los dejase solos.

Aunque ella no estaba en mejores condiciones, sencillamente tenía más práctica disimulando el caos que aquel hombre la hacía sentir. Aunque la palabra «caos» era demasiado inofensiva para

describir lo que despertaba su presencia.

Pero debía racionalizar esa presencia. Al fin y al cabo, iban a hablar de negocios.

No se levantó del sillón porque dudaba que las piernas la sostuvieran y, además, tenía que evitar que la atrajese a su campo de influencia.

–Deberías haber llamado antes de venir –le dijo. –Te enviaré un mensajero cuando tenga redactado el contrato, pero tardaré al menos una semana.

Aris dio la vuelta al escritorio para quedar frente a ella. Estaba de pie a su lado, como una torre de fuerza y virilidad apenas contenida por la engañosa sofisticación del traje de chaqueta.

Ni siquiera podía darse la vuelta, atrapada entre el sillón y el escritorio, y esa mirada fría era capaz de cortar acero.

–No he venido a hablar de negocios.

Debería rendirse, pensó. Sólo una vez más. Debería capitular, negar el desafío.

Las palabras de rendición temblaron en sus labios, pero Aristedes las interrumpió diciendo:

–He venido a hacerte una proposición: cásate conmigo.

Capítulo 4

«Cásate conmigo».

Aris había creído que se moriría sin pronunciar esas palabras.

Pero, aunque en una fantasía loca hubiera imaginado ese momento, jamás se le habría ocurrido imaginar la reacción de Selene.

Después de mirarlo en silencio durante varios segundos, estupefacta, parecía estar ahogándose.

Pero no estaba ahogándose.

Selene estaba riendo a carcajadas, tanto que apenas podía respirar. Y esa risa era como una bofetada para él.

Aunque la entendía.

Si alguien le hubiera dicho el día anterior que iba a pedir a alguien en matrimonio, también él se habría reído. Y a Selene le parecía absurdo, estaba claro.

Resignado, Aristedes se apoyó en el escritorio, con las manos en los bolsillos del pantalón, observando una escena que no había creído ver nunca: a Selene Louvardis con un ataque de risa.

Irritado y sorprendido a la vez, apretó los dientes, esperando que dejase de reír.

Y, por fin, Selene alargó una mano para tomar un pañuelo de papel con el que secarse las lágrimas, sacudiendo la cabeza como si no diera crédito a sus palabras.

Y luego lo miró, incrédula.

–Seguro que no te habrías reído tanto si hubiera propuesto que me adoptaras.

De nuevo, ella soltó una carcajada.

–Bueno, tal vez esa proposición me habría parecido más sensata –contestó por fin, sacudiendo la cabeza. –Pero hay algo que debo reconocer, Sarantos: eres totalmente impredecible. La gente apuesta su futuro pensando que vas a hacer una cosa… y luego haces la contraria, dejando a todo el mundo atónito. Casarme contigo, ¿eh? Vaya, eso sí que no lo había esperado. Seguro que ni tú mismo lo esperabas.

Aris miró esos ojos burlones, que le recordaban a los cielos iluminados por la luna de su infancia, cuando las estrellas parecían hacerle guiños secretos que eran un consuelo para él. Sentía su mirada penetrar hasta su alma, como si viera lo que había detrás de su aparente seguridad.

Podía actuar como si lo hubiera pensado bien, como si supiera lo que le estaba pidiendo. Pero no era así.

¿Lo hacía alguien que propusiera algo que te cambiaba la vida para siempre?

Había temido una reacción parecida y no sabía cuál de las posibilidades temía más, la sorpresa, la sospecha, la furia, la duda, la emoción, el rechazo, la aceptación o la combinación de todo eso. Cada una abría una puerta a un infierno del que hubiera dado cualquier cosa por apartarse.

Pero no debería haberse preocupado porque Selene las desafiaba todas.

–Mira quién habla de ser impredecible.

–¿Estás diciendo que no esperabas esta reacción? Si no es así, o no eres tan arrogante como yo pensaba o estás perdiendo tu infalible buen ojo y tus poderes de predicción.

La burla, la única reacción con la que no había contado, era en realidad lo único que debería haber esperado de Selene Louvardis. Y debería sentirse aliviado, además.

Pero no lo estaba.

No sabía por qué. Ya no sabía qué esperar de aquella mujer que lo sorprendía a cada paso o cómo lidiar con los descubrimientos que estaban diezmando el concepto que tenía de sí mismo.

De modo que allí estaba, haciendo lo que no había hecho desde los doce años, quedarse sin salida, improvisar. Porque, por primera vez, no tenía otra opción.

Por fin, dejó escapar un suspiro.

–Seguramente es una mezcla de las dos cosas.

Selene levantó una ceja, sorprendida porque había pensado que no lo admitiría. Pero antes de que pudiese añadir nada, volvió a mirarlo con fría determinación.

–¿Qué crees que estás haciendo, Sarantos?

Aristedes frunció los labios mientras algo se encogía en su pecho. ¿De furia, de dolor?

No, acababa de admitir que su percepción de Selene era equivocada. Tal vez lo había sido siempre y no debería intentar entenderla. Debería dejar que aquello lo llevase donde tuviera que ir.

–Estoy haciendo lo que creo que debo hacer. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

–Otra vez –murmuró Selene. –A ver si lo entiendo, Sarantos. ¿Estás siendo predecible por una vez en tu vida?

–No te entiendo.

–Me ofreces que me case contigo porque he tenido un hijo tuyo, como haría un hombre a la vieja usanza. Qué curioso, ¿no?

Aquella confrontación no iba como él había planeado, pero no sabía qué hacer.

–Lo dices como si perteneciéramos a especies diferentes.

Selene lo miró y Aristedes tragó saliva. Era increíble que, con una sola mirada, Selene Louvardis pudiera hacerse dueña de su voluntad.

–Tú sabes que pertenecemos a especies diferentes, Sarantos. Y fingirte un miembro más de la manada no te pega.

–Llevo veinticinco años intentando no serlo, pero en estas circunstancias no puedo permitirme el lujo.

–¿Tú te oyes a ti mismo? –replicó Selene entonces. –Ayer querías que fuera tu amante pero luego, al descubrir la existencia de Alex, decides dar un giro de ciento ochenta grados y me ofreces matrimonio. Y el matrimonio es un compromiso, es eso de «hasta que la muerte nos separe», el tipo de error que podría tener enormes consecuencias en nuestras vidas.

Aristedes la miró, sorprendido. ¿Significaba eso que tampoco ella era partidaria del matrimonio?

Pero lo que ambos pensaran sobre eso no era el asunto porque debían tener en cuenta a otra persona, Alex.

–La situación ha cambiado por completo desde ayer.

Selene dejó escapar un suspiro de impaciencia.

–Parece que voy a tener que repetir lo que dije anoche, de manera más clara. Tú no tienes nada que ver con Alex o conmigo. Y no tienes ninguna obligación de ponerme un anillo en el dedo.

–Si no creyera que tengo una obligación no estaría aquí.

–Pues entonces te lo dejaré más claro: una oferta de matrimonio por el niño significa que quieres ser padre y marido. ¿En qué universo paralelo te ves tú como padre y marido de nadie, Sarantos?

Los dos se quedaron en silencio. Eso era algo que no estaba dispuesto a discutir. Aunque Selene no le daba oportunidad de hacerlo porque parecía haber tomado una decisión definitiva sobre él.

–No estás hecho para las relaciones humanas. Ni siquiera la relación con tus hermanos es un ejemplo para nadie.

Tampoco iba a contestar a eso, pensó Aris.

–Puede que sea la última persona en la tierra que esté preparada para hacer ese papel, pero eso no cambia nada. Tienes un hijo mío, un niño al que yo le debo mi nombre y mi apoyo. Y también te lo debo a ti.

–Ah, bueno, al menos nadie puede acusarte de ponerte sentimental. Mira, no nos debes nada ni al niño ni a mí. Al menos en esta vida, dejémoslo para otra. Tanto Alex como yo estamos

perfectamente, muchas gracias.

–Estar bien no es razón para no aceptar mi apoyo y mi protección, para no beneficiarte de mi posición social y mi dinero.

–Yo diría que es una razón perfecta para no hacerlo. No necesito tu apoyo ni tu protección, Sarantos, tú lo sabes igual que yo. ¿Qué más tienes que ofrecer?

Selene Louvardis siempre conseguía ir directa al grano. Y él debía hacer lo mismo.

–No tengo ni idea –respondió, con brutal franqueza. –Probablemente nada.

De nuevo, los dos se quedaron en silencio.

–Bueno, gracias por ser tan sincero Eso nos ahorra falsos sentimentalismos y promesas que no tienen sitio entre nosotros.

Aquella opresión en el pecho, que siempre le indicaba cuándo estaba perdiendo el control, se volvió insoportable.

–Yo pienso lo mismo, pero por una razón diferente. Son las promesas incumplidas las que destrozan cualquier situación, personal o profesional.

–Pero tú ni siquiera estás seguro de lo que ofreces.

–Aparte de todo lo que tú dices no necesitar, no. No estoy seguro. Pero la sinceridad es mejor que la falsa seguridad.

–Y, como tu oferta, sigue siendo deficiente e innecesaria. Y la razón que hay detrás de esa sinceridad tuya es aún peor.

Aristedes había creído que, al menos, podrían negociar. Pero, aparentemente, Selene no estaba dispuesta a ceder un milímetro.

–¿Y cuál crees que es el terrible motivo que me impulsa a pedirte en matrimonio?

Ella suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho.

–Parece que ni siquiera tú escapas al condicionante social según el cual los hombres deben hacerse responsables de su progenie o perderán su masculinidad, su orgullo y sus privilegios. Creo que tus motivos son un cóctel de orgullo, honor y responsabilidad.

¿Y eso le parecía mal?

–Lo dices como si fueran motivos oscuros.

Ella inclinó a un lado la cabeza, la melena cayendo por encima de su hombro.

–En mi opinión, son los peores motivos.

–¿Por qué?

–Uno no se casa o se convierte en el padre de un niño por orgullo masculino o porque se sienta responsable.

Si hubieran tenido esa conversación el día anterior, él habría dicho las mismas cosas. Siempre había creído que si algo estaba mal, estaba mal… fueran cuales fueran las circunstancias. Pero tal vez estaba equivocado.

Aristedes suspiró, incómodo y poco acostumbrado a tanta inseguridad.

–Tal vez muchos hombres no se casan sólo por esos motivos, pero la mayoría siguen casados precisamente por esa mezcla de orgullo, honor y sentido del deber.

Selene apartó la mirada, ocupándose en colocar unos papeles sobre su escritorio.

–Tal vez tengas razón –asintió después. –Y tal vez las mujeres tienen que aceptar eso porque las alternativas son peores. Pero no es cierto en mi caso. Tu sentido del deber y tu orgullo masculino no son suficientes ni para mí ni para Alex. Tu apellido, tu dinero y tu estatus social son todo lo que puedes ofrecer… porque es lo único que puedes ofrecer, Sarantos. Y como ésas no son razones para que me case, no cuentan para mí. Y si lo que temes es esta situación te robe algo más que el precio que dices estar dispuesto a pagar, de nuevo te aseguro que ni Alex ni yo te pediremos nunca nada. Puedo garantizarte eso por escrito, si quieres.

Con cada palabra hacía que aquella carrera de obstáculos fuese aún más difícil. Y él no había ido preparado para tal duelo. Estaba demasiado ocupado luchando contra sus propias dudas y el tanque estaba en reserva, vaciándose rápidamente.

Entonces sonó un móvil y Selene se lanzó hacia él como si fuera un salvavidas.

Aristedes vio la metamorfosis en su expresión mientras hablaba de trabajo con alguien, un cliente tal vez. De modo que era así cuando se mostraba desapasionada, formal. Pero eso lo hizo ver que cuando hablaba con él lo hacía con emociones. La mayoría negativas, lamentablemente, pero emociones fieras y dirigidas a él, el instigador y el objetivo.

¿Cómo podía no haber incluido ese factor personal en la negociación?

Esperó a que terminase la llamada y luego, dando un paso adelante, la sujetó por las muñecas. Selene lo miró, sorprendida, mientras la levantaba del sillón y la aplastaba contra su pecho, saboreando su instintiva rendición durante un segundo… antes de que ella volviese a mirarlo con un brillo de antagonismo en los ojos.

–Hay algo más –le dijo. –Una cosa que sólo yo puedo ofrecerte. Esto…

Aristedes detuvo el temblor de sus labios con un beso que la hizo gemir y arquearse hacia él. Su sabor, su olor invadían sus sentidos, haciendo que la devorase entera. Y sólo había querido besarla, dejar claro que la deseaba. Debería haber imaginado que perdería la cabeza si Selene le devolvía el beso.

Enloquecido, la apretó contra la pared detrás del escritorio

mientras ella se agarraba con brazos y piernas para recibir el calor de su erección a través de la barrera de la ropa.

Sólo una cosa impediría que la tomase allí mismo, ella. De otro modo, no podría parar… aunque debería hacerlo.

De repente, como si hubiera leído sus enfebrecidos pensamientos, Selene intentó apartarse y Aristedes se quedó inmóvil, intentando llevar aire a sus pulmones mientras apoyaba la frente en la de ella.

Y cuando por fin pudo moverse, la soltó.

Pero no podía apartarse del todo. Fue ella quien lo hizo. Aristedes vio sus pechos saliéndose del sujetador, pero antes de que pudiera lanzarse sobre ella de nuevo para aliviar su agonía, Selene se colocó detrás del escritorio.

–Si querías demostrar que te deseo, enhorabuena, lo has conseguido –empezó a decir, con la respiración agitada mientras se abrochaba la blusa. –Pero eso ya lo sabíamos. Y ahora, si no te importa, tengo que irme a una reunión.

–Sólo estaba dejando claro algo que los dos parecíamos haber olvidado.

Selene apartó el pelo de su cara, mirándolo con una frialdad nueva.

–De modo que combinas la oferta de hoy con la de ayer… ¿sexo sin ataduras, mezclado con una unión legal para controlar los daños?

Aristedes no sabía qué decir. En realidad, eso era lo que le ofrecía, sí, pero en los términos a los que sólo un abogado podía reducirlo.

–Es mucho más de lo que tienen muchas parejas.

Selene pareció a punto de decir algo, pero después se dirigió a la puerta.

–Como empresaria, sólo me meto en un negocio cuando hay más pros que contras. En tu caso, Sarantos, todos los pros del mundo no podrían contrarrestar los contras. De modo que mi respuesta es no. Y esta negativa no es negociable.

Aris vio que la puerta se cerraba tras ella y se preguntó qué demonios había hecho.

–¿Has hecho qué?

Selene hizo una mueca mientras Kassandra Stavros, su mejor amiga, la miraba como si se hubiera vuelto loca. Kassandra era la única que conocía su secreto, pero no era por eso por lo que le había contado su encuentro con Aristedes Sarantos.

Se lo había contado porque había entrado en el despacho una hora después de ese encuentro, cuando estaba más angustiada.

Pero no se lo había contado todo. Desde luego, no había

mencionado la locura que la asaltaba cada vez que Aristedes la tocaba.

Ahora desearía tener la función de rebobinar para borrar lo que le había contado, lo que había pasado con Aristedes y al propio Aristedes de su memoria.

–Sólo una loca rechazaría su propuesta y como sé que tú no estás loca… ah, ya lo entiendo, quieres hacerle sufrir, ¿es eso? Lo merece por marcharse y no volver a ponerse en contacto contigo.

–No olvides que ha vuelto por una cuestión de trabajo y así, como por casualidad, me ha propuesto que fuera su aventura en Estados Unidos.

–Sí, por eso también. Qué cara tiene ese hombre… pero qué hombre –exclamó Kassandra. –Debes admitir que si alguien puede salirse con la suya es Aristedes Sarantos.

Selene frunció el ceño. Todas las mujeres parecían pensar lo mismo. Y, aunque ella no era celosa, no le gustaría terminar con un hombre al que deseaban todas las mujeres, un hombre que nunca sería suyo.

Se encontró imaginando cómo reaccionaría Aristedes ante su amiga de la infancia. Kassandra, la rebelde que se había enfrentado con su anticuada familia para convertirse en modelo y diseñadora de moda, era una diosa. A Aristedes, como a todos los hombres, se le caería la baba ante su esbelta figura, su gracia, su feminidad, su melena dorada y esos ojos verdes del color del Mediterráneo.

–¿Cuánto tiempo piensas hacerle sufrir? Yo diría que al menos un día por cada mes. Y tal vez una semana más por su última trasgresión...

–Kass, no voy a hacerlo sufrir, sudar o salivar. Le he dicho que no.

Kassandra sacudió la cabeza.

–Es comprensible, pero no es la reacción adecuada.

–¿Cómo qué no?

–Ya sé que nunca has querido casarte después del fiasco con Steve, por mucho que tu familia insistiera. Creo que ellos han contribuido a tu eterna independencia con esa larga lista de aburridos pretendientes. Pero tienes casi treinta años y no te estás reservando para ningún hombre porque quien te gusta es Aristedes Sarantos… tanto que has tenido un hijo con él, por el amor de Dios. Y como te ha ofrecido matrimonio, ¿qué mejor pretendiente que él?

–O el peor –dijo Selene. –Ese hombre es enemigo de mi familia. Mi enemigo.

–Eso es en los negocios.

–Y personalmente no le importo nada –insistió ella. –Ni Alex tampoco. No sé por qué dice querer casarse conmigo, pero no tiene

nada que ver con el afecto o con el amor. Una de las objeciones de mi padre hacia él era cómo trataba a su familia. Tiene seis hermanos a los que paga en lugar de dar afecto. Su hermano menor murió en un accidente y él no se quedó para consolar a su familia ni una sola noche.

–Pero tal vez contigo sería diferente –objetó Kassandra.

–No, mejor que Alex no conozca a su padre que tener un padre que no lo quiera.

–No sabía que fuese tan malo. Pero, oye, también debe tener cosas buenas.

–¿Por ejemplo?

–Un hombre que ha levantado un imperio por sí solo, desde abajo, sin estudios superiores, que empezó con un barco de pesca a los catorce años, tiene que ser alguien especial. Tal vez tenga virtudes que compensen su falta de afecto.

La insistencia de Kassandra por hacer que viese la parte buena de Aristedes sólo consiguió que Selene lo viese todo negro.

–Según sus hermanos, no lo tiene. Además, está el problema que hay entre mi familia y él. Aristedes dice que intentará que nos llevemos bien, pero en cuanto vea las nuevas condiciones del contrato seguramente me mandará al infierno.

–¿Y por qué no cambias las condiciones?

–Porque no puedo hacerlo. Además, mis hermanos están que trinan desde que me quedé embarazada. Si descubren que Alex es hijo de Aristedes lo matarán o intentarán obligarnos a contraer matrimonio.

–Pero si nadie tiene que forzarlo a casarse, ha sido él quien lo ha propuesto.

–Sí, ya. Y cuando le dije que no, debió respirar tranquilo.

–Por lo menos piénsalo, ¿de acuerdo? Hazlo por mí –le pidió Kassandra. –Me encantaría diseñar tu vestido de novia.

Selene abrazó a su amiga, que intentaba evitar lo que para ella era un error. Pero el mayor error sería dejar que un hombre frío como Aristedes Sarantos entrase en su vida.

Selene despertó después de una noche luchando contra unos tentáculos que parecían querer llevarla a un abismo sin fondo. Y la peor parte era que ella había querido sucumbir.

Suspirando, se dirigió a la habitación de su hijo. Siempre tenía que ver a Alex antes de hacer nada por las mañanas, pero aquel día el deseo era una necesidad.

Mientras iba hacia su habitación sonó el timbre y Selene se detuvo en el pasillo. Eleni solía llegar a las ocho de la mañana, pero era sábado y la niñera tenía libres los fines de semana porque quería estar sola con su hijo para compensar las horas que pasaba

fuera durante la semana.

¿Quién podría ser? Selene corrió a la puerta, asustada y cuando abrió…

Aristedes estaba al otro lado, vestido por primera vez de manera informal con un pantalón vaquero. Sus ojos parecían de hielo bajo la lámpara que iluminaba el lujoso corredor que llevaba a su apartamento.

Nada había cambiado, nada cambiaría nunca. Y, sin embargo, lo único que deseaba era echarse en sus brazos, besarlo y decirle que aceptaba su oferta.

Todo lo que había intentado olvidar durante esos meses parecía envolverla en aquel momento; el anhelo que había suprimido, la tristeza durante el embarazo y varios meses después del parto, la resignación de ser madre, empresaria, hermana, amiga, pero nunca una mujer, nunca como lo había sido con él.

Y supo entonces que tenía que hacerlo. Debía aceptar la oferta para terminar con esa angustia, para experimentar de nuevo esa intimidad, esa sensación de estar viva que sólo él podía darle.

–Si has venido para ver si he cambiado de opinión…

–He venido a decirte que *yo* he cambiado de opinión –la interrumpió él. –Quiero que olvides todo lo que dije ayer.

Capítulo 5

Selene miró a los ojos de Aristedes y, por fin, lo entendió.

Entendió por qué todo el mundo decía que era el propio diablo.

Aristedes Sarantos era un canalla sin corazón. Se lanzaba sobre aquéllos a los que quería conquistar como un demonio, persistente, incansable, persuasivo y abrumadoramente seductor. Y entonces, cuando tenía bien agarradas a sus víctimas, implacable como un indiferente océano, las obligaba a doblegarse.

Según Aristedes, su padre había muerto después de discutir con él por teléfono y Selene no había podido imaginar qué hubo de especial en esa conversación. La última negociación había sido tan exasperante como todas las demás, pero ahora lo entendía. Entendía que Aristedes había ido poco a poco minando el aguante de su padre, su paciencia, hasta que se rompió.

Le había hecho lo mismo a ella; la había hechizado, la había convertido en adicta al éxtasis que sólo él podía darle y había vuelto a cruzarse en su camino sólo para repetir ese sádico juego.

En los últimos dos días, Aristedes había encendido las brasas de un fuego aún encendido en su corazón, la había visto luchar contra él, fingiendo dejarla escapar para volver a perseguirla hasta que cayó en su trampa.

No, no dejaría que la destrozase como había destrozado a su padre y a tantos otros. Ya le había hecho suficiente daño, pero sólo porque ella le había dejado. Y se protegería a toda costa porque ya no dependía sólo de sí misma, tenía un hijo que defender.

Casi esperaba verlo soltar una carcajada diabólica, como en una antigua película de terror.

–Hiciste bien en rechazarme –dijo él, sin embargo. –Y tenías razón al decir que no sabía lo que estaba haciendo.

No fue esa frase lo que la enfureció, sino su expresión, esa mezcla de ironía y determinación.

Por fin, Selene encontró su voz y buscó unas palabras que no traicionasen el golpe que acababa de recibir.

–Gracias por decírmelo, pero no tenías que venir hasta aquí en persona. Creo que ayer ya dejé bien claro que no estaba interesada.

Sentía que le ardían los ojos y, antes de ponerse a llorar, empezó a cerrar la puerta. Pero, de repente, la puerta se convirtió en un objeto inamovible.

–No puedo aceptar eso –dijo Aristedes.

¿Qué quería decir? ¿Había terminado un juego para empezar otro?

–No te entiendo.

–Nunca me rindo hasta estar seguro de que no se puede solucionar el problema. Ahora me doy cuenta de que te he hecho dos ofertas inaceptables y por eso las retiro. Pero estoy aquí para ofrecerte algo más.

–Alex y yo no somos un contrato ni una empresa que puedas comprar.

–No, es lo contrario –dijo él. –Es a mí a quien debes poner a prueba.

–¿Para qué voy a molestarme? Los dos sabemos que no hay nada que hacer.

–Tal vez tengas razón. Tal vez lo mejor para Alex y para ti sea no volver a saber nada de mí, olvidar que existo. Y tal vez no lo sea. Sólo te pido que me des una oportunidad para que los dos descubramos si es así o no. Tú crees que tener una relación conmigo es imposible y yo he vivido toda mi vida creyendo lo mismo, que no podía mantener una relación personal con nadie. Nunca lo había cuestionado hasta ahora, pero ahora tengo una razón… tengo dos razones para hacerlo.

Selene lo miró, desconcertada por aquellas contradicciones.

–Pero admites haberte equivocado cuando pediste el puesto de amante y padre a tiempo parcial.

Él asintió con la cabeza.

–Estoy de acuerdo en que ser el padre biológico de Alex no significa que tenga derecho a ser su padre de verdad. Y haber sido tu amante durante dos noches tampoco significa nada. Sin embargo, quiero descubrir lo que puedo ser para vosotros dos.

Selene abrió la boca y volvió a cerrarla, atónita.

–¿Por qué querrías ser nada para nosotros?

–Me parece que está claro.

–No, no lo está. Tú no tienes relaciones con nadie…

–No estoy hablando del pasado, estoy hablando del presente y del futuro. Los dos nos encontramos en una situación en la que no nos hemos encontrado antes y creo que nos lo debemos a nosotros mismos, y a Alex, descubrir lo que podemos o no podemos ser el uno para el otro.

–¿Y cómo vamos a averiguarlo? –preguntó ella.

–Dame un día.

–¿Qué?

–Ponme a prueba durante un día. Si nos llevamos bien, empezaremos por ahí.

Selene dio un involuntario paso hacia atrás.

–No, no me parece buena idea. Y no me pidas que te dé razones.

A pesar de todo, Aristedes entró en el apartamento y lo único que Selene podía pensar era que estaba allí, en su casa. Se había resignado a no volver a verlo, pero allí estaba, en el refugio que había creado para ella y para Alex.

Donde lo había imaginado, a su pesar, tantas veces.

Pero la realidad no tenía nada que ver con sus fantasías. Era más vívida, más abrumadora y se sentía expuesta, invadida. Y sólo había dado un paso adelante, ni siquiera estaba tocándola.

–No creo que sea mucho pedir –siguió él. –Si quisiera, legalmente podría tener mucho más.

–¿Estás amenazándome?

–No –respondió Aristedes, mirándola a los ojos. –

Sólo digo que tengo ciertos derechos con respecto al niño.

A Selene se le encogió el corazón, esas palabras abriendo un abismo a sus pies.

–Pero no con respecto a mí.

–No voy a exigir nada, sólo te pido… un regalo. Un día, dame un día, Selene.

«Selene».

Fue como si el edificio hubiera recibido un impacto, la tierra temblando bajo sus pies.

Era la primera vez que decía su nombre y en sus labios no era sólo un nombre sino una invocación, un hechizo.

Antes de que pudiera sucumbir, Aristedes miró hacia el pasillo, tenso como un gran felino dispuesto al ataque.

–Se ha despertado.

Selene lo miró sin entender durante un segundo, antes de escucharlo también… los balbuceos de Alex desde su habitación. Y cuando volvió a mirar a Aristedes se quedó sorprendida al ver el gesto de asombro que suavizaba sus duras facciones.

Por absurdo que pudiese parecer, pensó que estaba experimentando lo mismo que experimentaba ella cada vez que escuchaba a su hijo, como si su corazón se derritiese.

Pero, de repente, Alex empezó a llorar y, olvidándose de Aristedes, Selene corrió hacia la habitación. Apenas oyó que la puerta se cerraba o los masculinos pasos sobre el barnizado suelo de madera.

Entró en el dormitorio de Alex, sin molestarse en encender la luz porque sabía que el camino hasta él estaba libre de obstáculos, y lo sacó de la cuna.

–Estoy aquí, cariño –murmuró, mientras alguien apartaba las cortinas para dejar entrar la luz de aquella mañana de abril.

Y ese alguien era Aristedes, claro.

Pero Selene volvió a concentrarse en su hijo. Aparentemente, el pobrecito había intentado ponerse de pie en la cuna y, al no conseguirlo, lloraba de frustración.

Alex dejó de llorar y sonrió al ver a su madre, mostrando ese precioso hoyito en la mejilla, y ella lo besó, con el corazón lleno de amor. El niño enterró la cara en su pecho como un gatito, balbuceando de contento. Pero enseguida levantó la cabeza y frunció los labios, tan parecidos a los de Aristedes, en una mueca de asombro.

Y cuando alargó los bracitos hacia él, Aristedes la miró sin saber qué hacer.

Pero tampoco Selene sabía qué hacer. Alex nunca había alargado los bracitos hacia nadie, ni siquiera hacia sus tíos, a los que conocía desde que nació, y sólo había dejado que lo tomasen en brazos cuando ella lo animó, haciéndole saber que era seguro.

La primera vez que lo hizo con Aristedes pensó que había sido una casualidad, que estaba disgustado con Eleni y quería escapar de su niñera y buscar la presencia de otro adulto.

Pero no había forma de negar lo que estaba viendo: Alex quería que Aristedes lo tomase en brazos.

¿Era posible que lo reconociese como padre, que fuera la llamada de la sangre?

¿Y Aristedes?

La primera vez que Alex alargó los bracitos hacia él notó que se sentía inquieto y en aquel momento parecía preocupado, pero era una preocupación diferente, una expresión que nunca creyó ver en el rostro de Aristedes Sarantos. Parecía casi… emocionado.

–Nunca he tenido un niño en brazos –le confesó él, después de aclararse la garganta.

–¿Ni siquiera a tus hermanos?

–No. Y tampoco he tenido mascotas.

–No te preocupes, no es tan difícil –Selene le ofreció al niño y Aristedes lo recibió con manos temblorosas. Pero en cuanto sujetó el diminuto cuerpo, Alex dejó escapar un grito de protesta. –No aprietes tanto, no se va a caer. Póntelo sobre el hombro… así, muy bien.

Aristedes tragó saliva mientras lo sujetaba con las dos manos, como si temiera dejarlo caer al suelo. Pero Alex se puso cómodo y empezó a explorarlo poniendo las manitas sobre su cara.

–Hola, Alex. ¿Me presento yo o quieres hacer tú los honores?

Mientras observaba la escena, Selene no podría articular palabra. Aquel hombre era un desconocido para ella.

Aristedes respiró profundamente, tal vez para disimular su nerviosismo. Pero el niño pareció encontrarlo muy divertido y,

poniendo las manitas sobre su torso, empezó a balbucear, como pidiendo que volviese a hacerlo.

Él volvió a hacerlo un par de veces, pero el niño no se cansaba y pedía más.

–Oye, no voy a marearme sólo porque a ti te parezca divertido. No es un buen principio para nuestra relación.

Alex se quedó muy quieto, mirándolo como hipnotizado. Y Selene estaba segura de que si su hijo supiera decir, «sí, señor», lo habría hecho.

–Ahora que me estás escuchando –siguió Aristedes– deja que me presente: soy tu padre.

El corazón de Selene se volvió loco. Jamás hubiera imaginado que diría esas palabras y Alex… era como si lo entendiese. ¿Por qué si no habría dejado escapar ese grito de alegría?

–Tu madre me llama Aristedes o Sarantos… o las dos cosas cuando está muy enfadada conmigo. Pero yo quiero ser Aris para ella y papá para ti. ¿Qué te parece?

–Aún no sabe hablar –dijo Selene.

–¿Demasiado pronto?

Ella lo miró, perpleja.

–No sabes nada de niños, ¿verdad?

Aristedes se encogió de hombros.

–La verdad es que no… aparte de que son pequeños, frágiles y ruidosos y que se hacen cargo de la vida de sus padres.

Ella tuvo que sonreír.

–Todo eso es verdad. Pero también son maravillosos y merecen todos los sacrificios.

–No todo el mundo piensa igual.

Selene vio que su rostro se oscurecía. ¿Estaría hablando de sí mismo?

Pero antes de que pudiera preguntarle, Alex se volvió hacia ella, implorándole con los ojos.

–Ah, quiere su desayuno. Siempre despierta con apetito.

–Yo también.

Selene recordaba cómo despertaba Aristedes, hambriento de ella, de comida, de ella otra vez…

Y tuvo que contener el deseo de apretarse contra él para sentir ese ansia de nuevo, la conflagración que sólo Aristedes era capaz de provocar.

Pero no era por eso por lo que estaba allí.

Para controlar esa oleada de tristeza, intentó tomar a Alex en brazos, pero Alex apoyó la cabecita en el hombro de Aristedes, dejando claro que prefería estar con él.

–Traidor –murmuró mientras se daba la vuelta, con una mezcla

de decepción y alegría.

Él la siguió hasta la cocina y, una vez allí, señaló la trona del niño, donde Aristedes lo sentó con el mismo cuidado que pondría para desmantelar una bomba. Y después de sujetarlo con el cinturón, se echó hacia atrás con un gesto de triunfo ante tamaña gesta.

Selene tuvo que sonreír.

–Como parece que a Alex le gusta que lo tengas en brazos, lo mejor será que le des el desayuno. –¿Yo? –exclamó él, con expresión horrorizada. –Una experiencia aterradora, ¿eh? Así es la vida con un niño pequeño. Aristedes miró sus pechos, con una mezcla de deseo y burla en sus ojos plateados. –¿No le das el pecho?

En la mente de Selene se formaron imágenes del fin de semana que habían pasado juntos, de las caricias de Aristedes, pero intentó apartarlas mientras sacaba el puré de frutas que había preparado la noche anterior.

–No, ya no, dejó de tomarlo a los seis meses. A Alex le gusta comer de verdad.

Los balbuceos impacientes del niño hicieron que Aristedes se concentrase en la tarea que tenía entre manos. Metió la cucharilla en el puré y se la ofreció a Alex, que se la metió en la boca de inmediato.

Riendo, Aristedes volvió a meter la cucharilla en el puré y se la ofreció de nuevo y, de nuevo, Alex prácticamente se la quitó de la mano.

–Le gusta mucho comer.

–¿Te recuerda a alguien?

Aristedes se volvió para mirarla con una sonrisa en los labios.

–Los Sarantos necesitamos comida.

–Alex no es un Sarantos.

Al ver que su expresión se oscurecía, Selene lamentó de inmediato tan vehemente réplica.

–Biológicamente, ha de tener genes de los Sarantos –le recordó él. –Aunque en todos los sentidos es tuyo, un Louvardis.

Selene se preguntó entonces si sería su deseo de convertir a Alex en un Sarantos lo que lo había llevado allí. Era demasiado griego, demasiado hombre, y no poder tener lo que era biológicamente suyo debía dolerle mucho.

No dijeron nada más mientras Alex se tomaba el resto de la papilla. Contento porque Aristedes le daba la comida, el niño no parecía haber notado la tensión entre los dos adultos.

En silencio, Selene le hizo un gesto para que lo sacara de la trona y la siguiera al soleado cuarto de estar. Una vez allí, metió a

Alex en el parque y el niño empezó a jugar con sus juguetes, olvidándose de ellos. Alex se tomaba la hora del juego con la misma determinación con la que su padre atacaba los negocios.

Su gato, Apollo, despertó en ese momento. Pero en lugar de salir huyendo al ver a un extraño, se estiró perezosamente antes de acercarse a Aris con evidente curiosidad.

Él lo acarició y, unos segundos después, su gato, que no se acercaba a nadie más que a ella y a Alex, se había convertido en su amigo.

Cuando Apollo decidió darse una vueltecita por la casa, Aristedes se irguió y el vasto espacio que Selene había decorado en tonos azules y verdes pareció encogerse.

–¿Alex es el diminutivo de Alejandro?

–Alexandros –dijo ella.

Alexandros, en griego.

Aristedes asintió con la cabeza.

–Y tiene nueve meses.

–Diez –lo corrigió ella. –Nació con ocho meses.

–¿Pero no debería tener nueve meses…?

–¿Crees que no es hijo tuyo? –le espetó ella, airada.

–No, en absoluto. *Sé* que es hijo mío. No sólo porque lo sentí en mi corazón cuanto lo vi sino porque si no lo fuera tú me lo habrías dicho. Encantada además.

Selene se estiró todo lo que pudo.

–Yo no soy vengativa. Además, no se me ocurrió pensar que tú quisieras saber nada de él.

Aristedes asintió con la cabeza.

–De modo que nació a los ocho meses. ¿Por qué?

Ella intentó calmarse, aunque teniéndolo tan cerca no era fácil.

–¿Por qué tienen las mujeres hijos prematuros?

–Imagino que habrá alguna razón. ¿Cuál fue la tuya?

–Tenía un problema llamado placenta previa. La placenta estaba muy abajo y empecé a sangrar. Una semana después, me puse de parto.

–¿Y fue doloroso?

–No, sangraba pero no me dolía. Y el parto fue malo sólo las dos últimas horas.

–Me habría gustado estar contigo –dijo Aristedes, en su mirada demasiadas emociones como para poder descifrarlas. –Pero estoy aquí ahora.

–Sí, aquí estás.

Haciendo un esfuerzo para controlar su nerviosismo, Selene le ofreció el desayuno y él le demostró que era tan habilidoso en la cocina como en una sala de juntas.

–¿Cómo sueles pasar los fines de semana? –le preguntó, mientras llevaban las bandejas al salón.

–¿Y tú?

Aristedes se encogió de hombros.

–Yo no tengo fines de semana.

–Ya me lo imaginaba –dijo Selene. –Pero tampoco los tenía yo antes de que Alex naciera.

–¿Trabajaste durante el embarazo?

–Sí, claro.

Aristedes la miró en silencio durante unos segundos.

–No comes suficiente. Estás más delgada que antes.

–¿Y te parece mal?

Él deslizó los ojos por su cuerpo, sin dejar la menor duda de que no había ninguna pega.

–Creo que no te cuidas tan bien como deberías.

Selene apartó la mirada, intentando no atragantarse con el cóctel de explosivas emociones que incitaba en ella.

–Tengo muchas cosas que hacer. Aparte de mi trabajo, tengo que cuidar de Alex… y te aseguro que no es fácil.

–¿Qué te preocupa?

–Todo. En eso consiste ser madre.

–Cuéntamelo.

La petición había sido hecha en voz baja, pero en tono imperativo. Selene se dio cuenta de que quería compartir esos detalles con alguien y el interés de Aristedes pareció abrir unas compuertas que había mantenido cerradas hasta ese momento.

–Me preocupo constantemente por cosas que no me habían preocupado antes –empezó a decir. –Yo creo que hasta me invento preocupaciones y cada una se convierte en una obsesión. Cuando dejo a Alex con Eleni para irme a trabajar, me imagino que ocurre de todo. Y si llamo por teléfono y no contesta de inmediato, me vuelvo loca. La primera vez que no me contestó, volví a casa a toda velocidad, dejé el coche tirado en la puerta y subí corriendo.

Aristedes se sentó al borde del sofá.

–¿Por qué no contestaba?

–Porque estaba bañando a Alex y hace mucho ruido. Chapotea en el agua, balbucea… no se le ocurrió llevarse el inalámbrico al baño y desde entonces lo lleva con ella aunque esté en la ducha.

Aristedes frunció los labios.

–Yo habría hecho lo mismo.

A partir de ese momento, siguieron charlando sobre las cosas que hacía Alex, sobre su embarazo…

Él parecía insaciable, quería saberlo todo. Y cuando se quedaban en silencio, no estaban tensos o incómodos, al contrario,

parecían viejos amigos.

Selene no podía creerlo. Y eso era entre Aristedes y ella. La relación entre Alex y su padre la dejó boquiabierta. El niño parecía encantado y él mostraba una paciencia, una ilusión que jamás hubiera esperado.

Aristedes le daba una nueva dimensión a todas sus actividades, fuese jugando con Alex, bañándolo, vistiéndolo, dándole de comer o metiéndolo en la cuna a la hora de la siesta.

Selene dejó que hiciese el almuerzo, como había hecho el desayuno, y cuando Alex despertó de su siesta muerto de hambre le dieron la merienda entre los dos.

Dos horas después, Aristedes se levantó y dijo que tenía que ir a buscar algo. Alex protestó ruidosamente cuando lo vio abrir la puerta, pero él lo calmó, prometiéndole que volvería. Y el niño, que parecía entenderlo, volvió a jugar con sus juguetes tranquilamente.

Una hora más tarde, Selene empezó a pensar que no volvería. Tal vez se había hartado de hacer de papá y llamaría para decir que tenía una reunión urgente o algo parecido.

Dos horas después, estaba segura de que no volvería.

Y entonces sonó el timbre.

Selene corrió a la puerta, enfadada consigo misma por sentirse tan emocionada... y casi se le doblaron las piernas al ver que era Aristedes.

Y esta vez iba con un ramo de flores y dos cajas envueltas de papel de regalo.

Selene tomó el ramo de flores, sorprendida, y lo vio acercarse a Alex, que lo recibió con entusiasmo.

Aristedes se puso en cuclillas y empezó a abrir las cajas, explicándole lo que había comprado. Una de ellas contenía un libro de actividades con personajes animados, la segunda un juguete hecho con anillos de plástico blando al que se podía dar diferentes formas.

Mientras Alex miraba el libro, fascinado, Aristedes la miró a ella, señalando el otro juguete. –Estos anillos se pueden congelar. Me han dicho que sirven como mordedores. Se había dado cuenta de que Alex se llevaba todo a la boca… y era algo nuevo ya que los primeros dientes le habían salido sin dolor. Ella acababa de darse cuenta y ese mismo día había anotado que debía comprarle mordedores.

Además, le había comprado un ramo de lirios blancos, sus flores favoritas. Debía haberse fijado en las bandejas y tazas decoradas de la cocina…

Los regalos no eran caros y, sin embargo, eran perfectos.

Alex, como era su costumbre cuando se cansaba de jugar, se

tumbó en el suelo y se quedó dormido.

–Es un nuevo truco –dijo Selene cuando Aristedes la miró con cara de sorpresa. –Después de ocho meses teniéndome levantada toda la noche.

–Debe ser agotador.

Ella asintió con la cabeza y Aristedes se levantó para llevar al niño a la cuna. Volvían al salón, pasando frente a la puerta de su dormitorio, cuando él se detuvo de golpe.

–Gracias por los regalos… Aris –dijo Selene, nerviosa. –No tenías que comprar nada.

–Me alegro de que os hayan gustado.

–Han sido muy… astutos.

–Y yo soy un hombre astuto, ¿verdad?

–No era un sarcasmo –dijo ella.

Aristedes sonrió.

–No, ya sé que tú dices las cosas claras.

Antes de que pudiese decir nada más, tiró de su muñeca para tomarla entre sus brazos y Selene se derritió, como una vela en el infierno.

Él la levantó del suelo y buscó sus labios para besarla; unos besos que le robaban la voluntad y la dejaban temblando.

–Gracias a ti por el regalo que me has hecho hoy.

A Selene le daba vueltas la cabeza y apenas podía concentrar la mirada. Pero cuando pensó que iba a llevarla al dormitorio para terminar con su sufrimiento, Aristedes la dejó en el suelo.

–Y creo que eso significa que me he ganado otro día –le dijo, apartándose. Y antes de salir, la miró por encima del hombro. –Hasta mañana, *kala mou*.

Capítulo 6

Selene pasó la noche dando vueltas en la cama, recordando cada segundo de aquel día con Aris. Podría haberse quedado toda la noche y él sabía que podía hacerlo, pero no lo había hecho. ¿Por qué?

Había querido acostarse con ella, de eso estaba segura porque había sentido la dureza de su erección cuando la abrazaba. Y, sin embargo, se había ido.

Y sólo se le ocurría una razón.

El «experimento» no incluía el sexo como uno de los parámetros. Como ella había dicho más de una vez, no había nada que demostrar en ese campo. Sexualmente eran compatibles, incluso explosivos.

O tal vez Aris respondía de ese modo ante cualquier mujer razonablemente guapa.

En cuanto a su propia reacción, debía ser la que Aris encontraba con todas las mujeres. Le había dado a entender que lo que había entre ellos era especial, pero los hombres decían cosas como ésa para llevarse a una mujer a la cama. Ahora, como también había dejado claro, las cosas ya no eran tan sencillas porque Alex lo complicaba todo. Ahora, un revolcón no era lo que interesaba a Aris para su «experimento».

Cuando los primeros rayos del sol empezaron a colarse por la ventana, su angustia había llegado a un punto álgido.

Y tomó una decisión: lo llamaría por teléfono para decirle que podían seguir adelante con su experimento. Si quería seguir viendo a Alex, no había ningún problema por su parte. Llegarían a un acuerdo y, si todo iba bien y demostraba ser una influencia positiva para su hijo, discutirían que Alex fuera hijo suyo legalmente.

Pero no quería estar incluida en el experimento. No tenía la menor duda de que la parte que los concernía a ellos sería un fracaso o expiraría gradualmente. Y ella no se metía en asuntos que sabía iban a fracasar, por grande que fuese la tentación.

A las ocho de la mañana lo llamó por teléfono y su corazón se lanzó al galope al escuchar el familiar tono… al otro lado de la puerta.

Aris. En la puerta de su apartamento. Había vuelto.

–*Kalimera,* Selene –lo oyó decir, a través del teléfono y a unos metros de ella. –Espero que hayas dormido mejor que yo.

–Si no has pegado ojo en toda la noche, estamos en paz.

Él rió, una risa ronca y masculina que pareció vibrar por todo su cuerpo.

–¿Y vas a castigarme dejándome en la puerta?

De modo que sabía que ella había descubierto que estaba al otro lado. No le preguntaría por qué, no se molestaría en fingir.

–Si crees que mereces un castigo, evidentemente crees que tú eres la razón por la que he pasado tan mala noche.

–No, pero sé que tú eres la razón por la que yo he pasado tan mala noche –contestó él, con una voz tan ronca y tan varonil como para que cualquier mujer sufriese un cortocircuito mental. –Y no me importaría nada que me castigases. De hecho, la idea me parece muy apetecible, pero sólo si lo haces en persona. Abre la puerta y échame una bronca, *kala mou*.

Aparte de todo, tenía que llamarla «belleza mía» en griego y de esa manera tan sensual. ¿Cómo iba a hablarle de su decisión en esas circunstancias?

Pero tenía que hacerlo. Debía abrir la puerta y terminar con aquello lo antes posible.

Y lo hizo, con las piernas temblorosas. Aris estaba al otro lado, tan abrumador como siempre con su traje de seda del mismo color que sus ojos.

Y esta vez iba con una mujer.

Selene lo miró, desconcertada, pero él se limitó a sonreír.

–Te presento a Caliope.

La hermosa mujer, que debía tener un par de años menos que ella, se agarraba a su brazo como si temiera que se la llevase el viento.

Era más o menos de su estatura, pero de curvas más pronunciadas, con una preciosa piel morena que destacaba en contraste con la blusa blanca y el cardigan del mismo color. Su pelo era de color caramelo con reflejos dorados y tenía los ojos más azules que había visto nunca.

Selene no sabía qué pensar, qué decir. La mujer soltó a Aris para estrechar su mano.

–¿Es cierto? ¿Tienes un hijo con Aristedes?

Ella lo miró, sorprendida. ¿Se lo había contado? ¿Quién era aquella mujer?

No podía acusarlo de romper una confidencia porque no le había pedido que lo hiciese, pero había pensado que sería discreto.

–Si quieres guardar un secreto, no hay mejor persona que Caliope –dijo él, como si hubiera leído sus pensamientos. –Mi hermana pequeña es una tumba.

¿Hermana?

–Como Eleni no viene hoy –siguió Aristedes– le he pedido a Caliope que hiciese de niñera mientras nosotros salimos a dar una vuelta.

–¿Dónde vamos?

–No lo sabías, ¿verdad? –Caliope sonrió. –Debería haberme imaginado que también a ti te tendería una emboscada.

–Una emboscada con la que tú parecías estar muy contenta –bromeó Aris. –He tenido que correr para seguirte el paso.

–¿Y cómo no iba a hacerlo cuando mi hermano mayor me dice de repente que tiene un hijo? Y yo que siempre había pensado que no eras humano del todo.

–Ah, qué agradable saber lo que la familia piensa de uno.

–Tú sabes que te queremos, a pesar de todo.

–Bueno, ahora que te has metido conmigo delante de Selene, la madre de mi milagroso hijo, esperemos que nos invite a entrar.

–¿Tiene que invitarte, como a los vampiros? –bromeó Caliope.

–Ah, muy bien, primero no soy humano, luego soy un vampiro… Selene, ¿te importaría decirle a esta listilla que se equivoca?

–La verdad es que podría tener razón –dijo ella, haciéndoles un gesto para que entrasen. –Le chupas la sangre a los rivales.

–¿Tú también? –exclamó Caliope, entre risas. –Pero veo que no pudiste resistirte y eso apoya mi teoría.

Selene se dio cuenta entonces de que era mucho más joven de lo que había pensado. Debía tener poco más de veinte años, quince menos que su hermano. No sabía que Aris tuviese hermanos tan jóvenes o que los tratase con tanta paciencia y simpatía.

¿Qué más cosas no sabría de él?, se preguntó.

–Teniéndoos a vosotras dos, ¿quién necesita enemigos? –Aristedes suspiró dramáticamente. –Creo que es hora de traer a Alex a esta bonita reunión. Al menos, él no cree que yo sea un monstruo.

–Seguramente ya estará despierto.

–Genial –exclamó Caliope. –No puedo creer que mi hermano tenga un hijo. Lo vamos a pasar en grande.

–Pero no puedo dejar a Alex… –empezó a decir Selene.

Caliope puso una mano en su brazo.

–No te preocupes, yo puedo cuidar de él. Solía cuidar de los hijos de mis hermanas y se me da muy bien. Aunque estamos hablando de Aristedes, claro. Tal vez su hijo sea demasiado para mí.

Pero Selene no quería que nadie más que Eleni cuidase de su hijo, especialmente para salir con su padre.

–Te aseguro que Alex no es tan malo como tu hermano.

Caliope soltó una carcajada.

–Pobrecito, nos estamos metiendo demasiado con él. En fin, te

aseguro que sé cuidar niños y estoy deseando conocer al tuyo.

–¿Puedo ir a buscarlo? –le preguntó Aris.

El instinto de Selene era decir que no, que lo haría ella. Pero se contuvo. Al fin y al cabo, él era el padre de Alex y aunque no estuviese preparada para contarle eso al mundo entero, había demostrado que podía confiarle a Alex. Por el momento. A largo plazo… eso aún había que verlo.

De modo que asintió con la cabeza y su corazón dio un vuelco al ver la expresión de alegría en el rostro de Aris.

–¿Ése es mi hermano mayor? –exclamó Caliope al verlo tan emocionado. –Y si lo es, ¿durante cuánto tiempo?

Precisamente lo mismo que Selene estaba preguntándose.

Un minuto después, Aristedes volvió con el niño en brazos, medio dormido pero contento.

–Ay, Dios mío, por fin han logrado la clonación humana.

–Alex, esta chica tan guapa y tan bocazas es tu tía Caliope –los presentó Aristedes, riendo. –Eso significa que es mi hermana pequeña.

Y, de nuevo, para sorpresa de Selene, Alex parecía entender sus palabras. Si supiera cómo hacerlo, su hijo asentiría con la cabeza. En lugar de asentir, lanzó un grito de alegría, enterrando la carita en el pecho de su padre.

–¿Puedo tomarlo en brazos? –preguntó Caliope.

Aris besó la cabecita del niño.

–No te preocupes, hijo, no es tan mala como parece. Es buena chica, pero te lo advierto: no deja que los niños adorables se salgan siempre con la suya.

–Por supuesto que no, soy una niñera muy seria.

–Voy a salir con tu mamá a dar un paseo y no quiero que esté preocupada por ti –siguió él. –De modo que sé un buen chico y no se lo hagas pasar mal a Caliope. Pero prometo que volveremos antes de la cena, ¿de acuerdo?

Alex, que parecía encantado escuchando la voz de su padre, volvió a lanzar un grito y Aris besó su frente de nuevo antes de pasárselo a su hermana.

–Sé bueno con tu tía y deja que te abrace antes de desmayarse.

Caliope empezó a charlar con él, paseando de un lado a otro del salón, y a Alex no parecía importarle en absoluto, ocupado como estaba examinando atentamente su pelo y sus accesorios.

–¿Por qué no te vistes mientras ellos se conocen, Selene? –sugirió Aris.

–¿Por qué quieres que salgamos? Podemos quedarnos aquí los tres.

–Pero tú y yo necesitamos estar a solas.

–¿Qué tal si nos vamos cuando Alex se duerma? Caliope podría ver una película mientras nosotros vamos al cine o a cenar fuera…

–¿Tienes *Perdidos*? –le preguntó ella. –¿Y *House*?

–Tengo todas las temporadas de *House*. Y las de *Sexo en Nueva York*.

–¡Entonces puedo quedarme a dormir! Si me dejas, claro.

–No, no te dejará –dijo Aris.

Caliope miró de uno a otro.

–Bueno, Alex y yo vamos a ver los juguetes que tiene en la habitación –murmuró, antes de desaparecer discretamente.

–Yo tomo mis propias decisiones, si no te importa –protestó Selene cuando se quedaron solos. –Y no quiero salir contigo.

Él le regaló una de esas sonrisas medio indulgentes medio devoradoras que la sacudían entera.

–Te recuerdo que me diste tu palabra y me he ganado un día más.

–Nunca te di mi palabra y fuiste tú quien dijo que te habías ganado un día más, no yo.

–Di por sentado que tenía tu palabra. Pero no te pelees conmigo, Selene, no hay necesidad.

–Claro que hay necesidad –replicó ella. –Es lo que hay que hacer cuando alguien intenta aprovecharse y tú eres un maestro en eso.

Su acusación no pareció afectarlo porque se encogió de hombros.

–Sólo quiero una prueba justa. Ya me conoces como empresario y como amante… ésta es la mejor manera de descubrir si entre nosotros hay algo más que un deseo insatisfecho y un niño maravilloso.

–Mira, sobre lo primero…

Selene no pudo terminar la frase porque Aris la abrazó, impidiendo con sus labios que siguiera poniendo objeciones.

Sabía que debería sentirse mortificada, pero sólo sentía el calor de sus labios, eso era lo único que le importaba.

Aris se apartó luego para mirarla a los ojos y pasó un dedo por su cara.

–¿Quieres que salgamos?

Y ella supo que no podía decirle que no. No sabía dónde los llevaría aquello, pero no servía de nada negárselo a sí misma. Lo que sentía por él era brumador y tenía que capitular. Por el momento.

–Muy bien –dijo por fin. –Saldremos a dar un paseo. Pero para cualquier otra cosa, tendrás que consultarme. No me gusta que tomen decisiones por mí.

–Sí, señora –Aris sonrió. –Y ponte una falda.

A Selene le temblaron las rodillas.

–Me la pondré cuando te la pongas tú –replicó mientras salía del salón, seguida por las carcajadas de Aris.

Selene se puso una falda.

Bueno, en realidad la falda era parte del vestido. Y no, no había sucumbido a las demandas de Aris. Sencillamente, había elegido el vestido porque le quedaba muy bien. No pensaba salir con aquel hombre tan guapo sin estarlo ella también.

Aris miró el vestido, del mismo color que sus ojos, las medias y los modernos zapatos de plataforma. Pero no se mostró triunfador. Muy astuto, pensó Selene, seguramente sabía que la réplica sería de temer.

Pero durante el día no dejó de decirle, de todas las maneras posibles, lo guapa que la encontraba. Y ella descubrió que no se cansaba de sus halagos.

Pensando que tendría planeado un itinerario, se quedó sorprendida cuando le dijo que se ponía en sus manos. Quería que le enseñase sus lugares favoritos de Nueva York.

No conocía ese lado amable y considerado de Aristedes Sarantos. No conocía a aquel hombre que la acompañaba al puerto, al puente de Brooklyn, a dar un paseo en carruaje; el hombre que reía mientras daban de comer a las palomas en la Quinta Avenida.

Después de comer, pasearon por Central Park y cuando le puso su chaqueta sobre los hombros, Selene se derritió, respirando esa mezcla de frescura, vigor y testosterona que era Aristedes Sarantos. Él frotó la barbilla contra su cabeza, riendo.

–Gracias por enseñarme la cuidad. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. De hecho, ayer y hoy son dos de los mejores días de mi vida.

El corazón de Selene se hinchó de tal modo que pensó que iba a explotar.

–No puedo creer que hayas estado aquí tantas veces y nunca hayas visto la ciudad.

–Nunca he tenido a nadie que me la enseñara –dijo él. –Pero ahora lo tengo.

La presión en el pecho se volvió insoportable. Parecía tan triste, tan solo.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Aris dijo:

–La verdad es que nunca pensé que me estuviera perdiendo algo, pero ahora me doy cuenta de que así es.

Selene se apretó un poco más contra él, como para absorber su soledad.

–Yo pensé que conocía la ciudad en la que he vivido toda mi

vida, pero mientras paseaba contigo sentía como si estuviera viéndola por primera vez y…

Una paloma levantó el vuelo a un metro de ellos y Selene no terminó la frase. Afortunadamente. Porque decir «me ha parecido más bella contigo» era demasiado prematuro.

Los dos se quedaron en silencio entonces, aunque para ella el silencio estaba cargado de confusión.

–Hasta que tomemos una decisión, creo que deberíamos mantener esto entre nosotros –dijo Aris entonces.

Selene levantó la mirada y su expresión debía traicionar sus dudas sobre cómo tomarse tal petición porque Aris añadió:

–No quiero involucrar a tu familia sabiendo lo que piensan de mí. En este momento, serían una influencia negativa.

Si era sincera consigo misma, Selene pensaba lo mismo. Sin embargo, que lo dijese él despertó ciertas suspicacias. Las razones llenarían un libro: desde la extraña reacción que Aris despertaba en ella a las inseguridades y contradicciones.

De repente, sentía la necesidad de alejarse de él pero cuando había dado dos pasos vio que Aris daba un salto y parpadeó, sorprendida. Había saltado para atrapar un *frisbee* que le había lanzado alguien...

Entonces oyó risas femeninas y cuando se volvió vio a media docena de estudiantes universitarias, todas en camiseta y pantalón corto, todas mirando a Aris.

Él le devolvió el *frisbee* a una rubia pechugona que sonreía de oreja a oreja y parecía a punto de echarle los brazos al cuello. Aris, sin embargo, las miraba como si fueran un grupo de crías traviesas y dijo algo que las hizo reír aún más.

El incidente duró dos minutos, pero fue suficiente para que Selene se pusiera de mal humor.

Mientras seguían paseando en silencio, se preguntó cómo podía haber pensado que un hombre como él se sentía solo. O que ella era diferente a las hordas de mujeres que lo perseguían.

–Lo haces de manera automática, ¿verdad?

Él levantó una ceja.

–¿A qué te refieres?

–Volver locas a las mujeres.

–Yo podría decir lo mismo de ti.

–Yo no afecto a los hombres como tú afectas a las mujeres.

–¿No te has dado cuenta de las bocas abiertas que ibas dejando a tu paso? Casi lamento haberte pedido que te pusieras una falda.

–Venga ya. Los hombres no se arrojan a mis pies cuando paso.

–No, porque los hombres necesitan una invitación para hacer eso. Las mujeres pueden permitirse el lujo de lanzarse sobre un

hombre sin que nadie las acuse de acosarlo.

–¿Quieres decir que te sientes acosado por las mujeres? ¿No las invitas o las animas al menos?

–¿Crees que yo he invitado a esas chicas?

–No… quiero decir en general. Tu reputación de playboy es legendaria.

–Más bien un mito urbano. Pero yo podría repetir de memoria incidentes en los que tú has dejado devastada a la frágil población masculina.

–¿Frágil? ¿En qué planeta vives tú?

–En éste, en el que tú no vives si no te has dado cuenta de que las mujeres son mucho más fuertes que los hombres.

Selene lo miró, pensativa.

–Entonces, ¿las historias que cuentan sobre ti no son ciertas?

–Nunca he sido promiscuo. Nunca me ha apetecido serlo.

–Pero has tenido muchas aventuras de una noche.

–¿Según las revistas? –se burló él. –No, no es verdad. Puedo contar las veces que he tenido relaciones sexuales desde los quince años.

–¿En serio?

–No me he acostado con tantas mujeres, te lo aseguro. Y si alguna vez he tenido una aventura de una noche no fue porque quisiera probar con otra al día siguiente sino porque no había encontrado lo que estaba buscando. De hecho, una de las razones por las que la mayoría de mis encuentros sexuales no se han convertido en una relación seria es porque la mujer no me ha gustado lo suficiente –Aris la miraba a los ojos, como intentando borrar de su mente la idea que tenía de él. –Y la otra razón es que creo que ningún hombre debería ser promiscuo porque las mujeres son personas. Personas muy complejas.

–Ah, gracias por ese discurso revolucionario –bromeó Selene.

–Quiero decir que un hombre promiscuo ve a las mujeres como meros pasatiempos, pero las mujeres requieren tiempo y esfuerzo y yo nunca he tenido ni lo uno ni lo otro. Sólo he aceptado las invitaciones de aquéllas que no estaban buscando una relación y a las que podía dar lo que querían.

A Selene no le gustaba oírle hablar de su vida sexual con tal sinceridad, pero era un alivio que no fuera lo que había imaginado.

–¿A qué te refieres, cosas materiales?

–He hecho muchos regalos en mi vida, pero no sólo a mis compañeras de cama. Aunque lo de compartir cama es metafórico porque nunca me quedo a dormir.

–Conmigo sí –le recordó Selene.

Aris clavó en ella sus ojos grises.

–Y me habría gustado seguir haciéndolo, pero tú te escapaste. –No sabía qué hacer y pensé que lo mejor sería dejar que tú lo decidieras. Muy bien, había admitido su inseguridad.

–Podrías haberme dado alguna indicación de que querías volver a verme. O al menos de que no pensabas que había sido el mayor error de tu vida.

Selene se mordió los labios para disimular que le temblaban.

–Y tú podrías haberme llamado por teléfono, aunque sólo fuera para darme las gracias por pasar un buen rato. Y entonces yo podría haberte dicho que no me importaría repetir.

Aris dejó escapar un suspiro.

–De modo que los dos cometimos un error y hemos perdido dieciocho meses.

–Imagino que habrás encontrado… alternativas en todo ese tiempo.

Él la miró, sin poder disimular su irritación.

–¿Para qué? La satisfacción que podían ofrecerme otras mujeres ya no me interesa.

–¿Estás diciendo que no has… desde entonces? –le preguntó ella, incrédula.

–No –contestó Aris. –¿Y tú?

De nuevo, Selene se mordió los labios.

–Yo estaba embarazada y después del parto lo único que he hecho es trabajar y cuidar de mi hijo.

–¿Y ésas son las únicas razones por las que no has vuelto a salir con otros hombres?

–No, la verdad es que no –admitió ella. –Pero no puedo creer que a ti te pasara lo mismo.

–¿Por qué no, Selene? –le preguntó él entonces, su mirada llegándole hasta el tuétano. –Yo no estaba interesado en conformarme con menos de lo que había encontrado contigo. Porque tú eres lo que he buscado siempre.

Después de esa admisión y, como si se hubieran puesto de acuerdo para terminar con aquella charla a corazón abierto, siguieron hablando de cosas sin importancia durante el resto del día.

Y luego llegó el momento de volver a casa para meter a Alex en la cuna.

De vuelta en el apartamento, encontraron a Caliope y Alex pasándolo de maravilla, aunque el niño lanzó un grito de alegría al verlos, gateando hacia ellos con todas sus fuerzas.

Se quedaron hasta mucho después de que se hubiera dormido y, de nuevo, Aris cocinó para todos. Caliope se quedó helada cuando lo vio en la cocina. Y luego, cuando probó el suflé que había hecho,

anunció que el mundo se había puesto oficialmente patas arriba.

Aris recibió su asombro con una enigmática sonrisa, una que sorprendió a Selene.

Antes de marcharse, entraron en el dormitorio de Alex y se le encogió el corazón mientras él besaba a su diminuta réplica. Tanto que casi estuvo a punto de pedirle que se quedara.

Pero, por muy increíble que hubieran sido los dos últimos días, aquel paso era demasiado prematuro.

Caliope se despidió, prometiendo volver lo antes posible porque estaba enamorada de Alex y Aris dejó que su hermana entrase en el ascensor mientras se despedía de ella con un gesto.

Selene se quedó en la puerta, decepcionada.

Pero, de repente, él volvió a su lado, con las manos en los bolsillos del pantalón.

–Esta noche, nada de beso de despedida. Así mañana no irás a trabajar como he ido yo hoy y nadie acabará en la cárcel.

Selene tuvo que contener un suspiro de alivio. Estaba conteniéndose por ella.

Aris se llevó su mano a los labios.

–¿Me das otro día, *kala mou*?

Y ella sólo pudo susurrar un trémulo:

–Sí.

No tuvieron otro día.

Lo único que tuvieron durante las siguientes semanas fueron unas horas robadas. Veía a Aris alguna vez, si tenía tiempo entre reunión y reunión.

Aunque verlo menos la hacía saborear el tiempo que pasaban juntos. Se había rendido ante ese nuevo Aris, descubriendo cosas que jamás hubiera esperado de él o de cualquier otro hombre.

El viernes, dos semanas más tarde, le dijo que llegaría a las siete, pero apareció a las once, mucho después de que Alex se hubiera dormido.

Se le encogió el corazón al darse cuenta de que cada día parecía más cansado. Y aquella noche parecía no sólo cansado, sino inquieto, nervioso.

En cuanto se sentó en el sofá, sonó su móvil.

Aris le pidió disculpas porque tenía que contestar a la llamada y lo oyó discutir con alguien mientras salía al balcón. Unos minutos después volvió a entrar y tiró el móvil sobre el sofá antes de ir al cuarto de baño.

Salió con el pelo mojado y se volvió hacia ella con una furia que hacía que sus ojos pareciesen negros.

–No vale de nada, Selene. Esto no funciona.

Capítulo 7

–¿Qué no funciona?

Selene no sabía cómo había podido articular esa frase ya que el anuncio de Aris la había dejado helada.

–Yo esperaba que fuera así –siguió él, –pero no funciona. He sido un tonto por pensar que podría tener tiempo para estar contigo… y eso fue antes de saber lo de Alex y el tiempo libre que necesitaría para estar con él.

Estaba rindiéndose, pensó Selene.

Estaba diciéndole que todo había terminado antes de haber empezado.

No, no podía ser. Lo estaban haciendo tan bien… y podían organizarse mejor. Si lo intentaban, existía la posibilidad de que fueran felices.

Pero cuando lo miró a los ojos se dio cuenta de que hablaba en serio, todo había terminado.

Aristedes Sarantos había tomado una decisión y nadie podría convencerlo de que estaba equivocado.

–Tengo que marcharme o haré algo drástico –Aris se pasó una mano por el pelo en un gesto nervioso. –Pensaba que lo mejor era ir despacio y que, al final, los dos saldríamos ganando.

Hasta dos semanas antes, Selene había pensado que ésa sería su reacción a cualquier contacto personal, que se ahogaría, que se mostraría desdeñoso con aquéllos que lo necesitaban. Aris… Aristedes Sarantos era un conquistador nato, no un hombre que quisiera cuidar de un niño.

Pero él le había demostrado que era mucho más de lo que creía, que incluso podría ser aquello que ella había soñado.

¿Habría descubierto que cuidar de su hijo exigía de él más de lo que estaba dispuesto a dar?, se preguntó. Debería sentirse agradecida de que aquello terminase tan pronto, de que fuera sincero.

Pero no era así. Se sentía dolida y enfadada consigo misma por haberse dejado llevar, por haber creído que aquella relación podría funcionar.

–Cuando anuncié que quería posponer la firma del contrato durante un tiempo –siguió él– todos se volvieron locos. Creen que intento orquestar un golpe maestro a espaldas de todo el mundo y ahora intentan espiarme, averiguar qué estoy tramando…

–¿Estás hablando del contrato con la armada estadounidense?

El contrato del que su familia quería echarlo.

Aris apretó los dientes.

–Por supuesto. Parece que mi reputación es tan formidable que a nadie se le ocurre considerar que, sencillamente, quiero descansar durante un tiempo. Todos creen que es una maniobra para eliminar a algún competidor, cuando lo único que quiero es un poco de tiempo para pensar… o para no pensar, por una vez en mi vida.

¿Qué tenía eso que ver con el anuncio de que su relación con ella y con Alex no funcionaba?, se preguntó Selene.

–Tus hermanos están detrás de esa reacción –siguió él. –Están apoyando a los Di Giordano y todos los que podrían perder un céntimo si yo fuese eliminado me buscan como si fuera una cuestión de vida o muerte.

Ella sacudió la cabeza, intentando olvidarse del asunto personal para concentrarse en los negocios.

–Casi tengo terminado el borrador con las condiciones que habíamos pactado y mis hermanos revisarán su opinión sobre el asunto si se lo ofreces.

Aris le había dicho que ella no debía involucrarse en esa batalla con sus hermanos porque podrían sospechar lo que había entre ellos. Había dicho que encontraría la manera de lidiar con sus dudas, pero si las cosas iban tan mal, y tan pronto, tal vez lo había reconsiderado.

Él cerró los ojos y volvió a abrirlos un momento después.

–Tengo mucho que perder y, por el momento y por primera vez en mi vida, no encuentro un curso de acción viable. Y tal y como me siento en este momento, si me presionan será el funeral de alguien.

¿Estar con Alex y con ella durante dos semanas lo había dejado en tal estado de angustia?, se preguntó Selene. Deberían salir en algún libro de récords como los que habían conseguido que el iceberg Aristedes Sarantos perdiese su famosa frialdad. Aunque él quería alejarse lo antes posible para recuperarla.

Selene intentó llevar aire a sus pulmones.

–Haz lo que haces siempre: actúa sólo cuando lo tengas todo planeado hasta el último detalle. En cuanto a nosotros, éramos un experimento y existía la posibilidad de que saliera mal.

–¿De qué estás hablando?

–No funciona, tú mismo lo has dicho. Y lo mejor es seguir adelante. Afortunadamente, nos hemos dado cuenta a tiempo.

–¿Crees que me refería a nosotros?

Su vehemencia la sorprendió.

–¿A qué si no?

–¡Me refiero a eso! –Aris señaló el móvil en el sofá. –Suena a todas horas y no puedo apagarlo porque si lo hago me buscarán por toda la ciudad. Y no me apetece que me sigan hasta aquí. *Theos*, Selene… habías pensado… –Aris sacudió la cabeza. –¿Cómo has podido pensar eso? Estoy desesperado porque esta situación interfiere con nuestra relación. Eso es lo que tiene que terminar.

Selene sintió que le temblaban las piernas.

–Pero no puede terminar. Es tu vida.

–No, no lo es. Ésta es la batalla más importante para mí y no puedo luchar como me gustaría porque involucra a tu familia.

–Pero siempre habrá otras guerras. Si eso impide que estés con Alex y conmigo, siempre será así.

–No, no es verdad. Ahora no tenemos una relación –dijo él. –Soy nuevo en esto y estoy aprendiendo lo que hace falta para compartir mi vida con alguien. Estoy probándome a mí mismo y la prueba no puede ser justa en estas circunstancias.

Voy a fracasar y no puedo hacerlo, por eso tengo que alejarme de todo.

Selene lo miró, desconcertada.

–¿Y dónde quieres ir?

–Ven conmigo. Vámonos a algún sitio los tres durante el tiempo que haga falta.

Aris miraba a Selene, temiendo que pudiese escuchar los latidos de su corazón, tan estruendosos eran.

Ella lo miraba como si no lo hubiese oído o como si, de repente, hubiera dejado de entenderlo. ¿O pensaba que había perdido la cabeza?

Y tal vez así era. La lógica que había gobernado su vida parecía haberse esfumado. Se veía empujado por los impulsos, poseído por el deseo, movido por la necesidad, sin cálculo o premeditación. No le quedaba más que una imperiosa necesidad: estar con ella y con Alex.

Los perseguía con más determinación que la obsesión que lo había llevado a la cima. Y se había dado cuenta de que tanto Selene como él mismo estaban equivocados: él no era un hombre sin sentimientos. En lo que se refería a Selene y Alex, todo lo contrario.

Siempre había pensado que era más seguro, más eficiente, ser práctico y no acercarse demasiado a nadie, no comunicarse con ellos a un nivel íntimo. Sus hermanos tenían sus propias vidas y nunca había pensado que se hubieran perdido nada manteniendo las distancias.

Pero Selene y Alex eran otra cuestión.

Selene y Alex eran suyos.

Ese sentimiento posesivo, esa emoción, eran algo nuevo para él.

Y totalmente abrumador.

Él era un hombre de acción y la idea de tener una familia lo aterrorizaba. Y, al mismo tiempo, se moría por tenerla.

No podía creer la felicidad que sentía estando con ellos, el vacío cuando se marchaba, la ansiedad de que aquello no fuese real y no durase para siempre.

Todo aquello era tan nuevo para él que temía meter la pata. No podía arriesgarse a dejar que el mundo los separase antes de que tuvieran algo sólido.

Y la reacción de Selene aumentaba sus miedos. Lo había interpretado mal, pero su reacción no había sido la de pelear por ellos, al contrario, había aceptado sin problemas que todo terminase.

¿Significaba eso que no estaba a su lado, que no sentía lo mismo que él? ¿O no tenía fe y creía que iba a fallarle? ¿Era por eso por lo que le resultaba tan fácil creer que iba a marcharse?

Pero era lógico, pensó entonces. Dos días perfectos y alguna hora robada durante la últimas semanas no cambiaban nada.

Por eso era imperativo que le demostrarse, a ella y a él mismo, que podía quedarse, que podía ser lo que quería que fuese, lo que Selene y Alex necesitaban que fuese.

Y sólo tendría esa oportunidad si se alejaban de Nueva York y de su familia durante algún tiempo.

–Ven a Creta conmigo, Selene. Pasaremos unas semanas tomando el sol, olvidando las exigencias del mundo y concentrándonos sólo en nosotros y en Alex –intentó animarla. –No he tenido vacaciones en veinticinco años y estoy seguro de que tampoco tú lo has hecho últimamente. Nos lo debemos a nosotros mismos, ¿y dónde mejor que en las playas de mi país?

Ella lo miró, en sus ojos una mezcla de tempestuosas emociones.

–No sé…

–Por favor, *kala mou*, di que sí.

Sí.

Ésa parecía ser la única respuesta. Había dicho que sí a la irresistible invitación menos de veinticuatro horas antes y, después de explicarle a sus hermanos que iba a tomarse unas vacaciones porque se encontraba cansada, allí estaba, al otro lado del mundo. En Creta, donde habían llegado en el avión privado de Aris… ella y su séquito.

Aunque él le había asegurado que su tíos vivían allí y tenían experiencia con niños, Selene había insistido en llevar a Eleni, al marido de Eleni, su hija, su yerno y sus nietos, todos encantados de volver a su patria en aquellas inesperadas vacaciones.

Después de aterrizar en el aeropuerto de Heraklion, la capital de Creta, el propio Aris los había llevado hasta la finca pilotando su helicóptero. En la pista, a un kilómetro de la mansión, los esperaban dos limusinas.

Una de ellas llevó a Eleni y su familia hasta la residencia de invitados, un edificio en medio de un campo de olivos, a cinco minutos de la casa principal.

La limusina en la que viajaban Aris, Alex y ella se detuvo frente a un edificio de tres plantas construido sobre un promontorio. La casa, rodeada de palmeras, cipreses y pinos, era de piedra blanca y, al atardecer, adquiría el mismo tono dorado que la arena de la playa a unos metros de la entrada. Estaban frente al mar de Creta, de un azul intenso, la brisa moviendo las ramas de los árboles…

Selene tembló ante la emoción que provocaba aquel paisaje… y la proximidad de Aris. Después del frío de Nueva York, el clima griego era una bendición.

Aris la llevó por una escalera de piedra hasta un pórtico con columnas de estilo corintio que parecía transportarla al tiempo de los dioses griegos. La casa debía tener unos dos mil metros cuadrados y estaba situada en una parcela de veinte hectáreas, con casi un kilómetro de playa privada. Pero no fue el tamaño lo que la impactó.

Ella había vivido toda su vida en una mansión casi tan grande como aquélla y se había movido desde niña en los círculos de la alta sociedad de Nueva York, pero aquel sitio era diferente.

Su clásica arquitectura griega parecía llevarse el estrés de la vida moderna que habían dejado atrás sólo unas horas antes y la llamaba de una forma extraña… tal vez debido a sus ancestros o a su sangre griega, que sólo había entendido hasta ese momento a un nivel intelectual.

Y mientras entraba en el vestíbulo, con Aris tomándola por la cintura, protegiéndola a ella y a Alex con su brazo, entendió por primera vez lo que era volver a casa.

El interior no era pretencioso; nada de complejos ornamentos o muebles que servían sólo para demostrar el dinero y el buen gusto del propietario.

El enorme vestíbulo de entrada daba paso a un salón amplio y sencillo, decorado en tonos arena, con una chimenea de piedra que conectaba el interior y el exterior y paredes de cristal desde las que se veía el fabuloso jardín y la piscina.

Una pareja robusta de unos sesenta años entró tras ellos y Selene imaginó que debían ser los tíos de Aris, Olympia y Christos, que miraban a Alex con cara de sorpresa.

–¡Has venido de verdad! –exclamó la mujer, en griego.

–Seguro que habías pensado que no vendría, como siempre –bromeó Aris. –Kala mou, te presento a mi tía Olympia y a mi tío Christos.

–Encantada –dijo ella.

–Os presento a Selene Louvardis y a nuestro hijo, Alexandros. Espero que hagáis inolvidable su estancia aquí.

Olympia y Christos eran su tío y su tía. Alex era su hijo.

Y ella era sólo ella.

¿Pero qué otra cosa podía ser? ¿Qué iba a llamarla, ex amante, madre accidental de su hijo, experimento?

Olympia se acercó al niño, llevándose una mano al corazón, y Alex alargó los bracitos hacia ella como si supiera que era parte de la familia.

–Aristedes… Dios mío, por fin –murmuró, emocionada. –Tienes un hijo.

Aris acarició la mejilla regordeta de su hijo con una sonrisa en los labios y Selene tuvo que contener una oleada de emoción.

Y eso fue antes de que dijera, con voz ronca:

–Sí, por fin.

Selene y Alex se instalaron en una de las ocho suites de la mansión que incluso tenía su propia escalera para bajar al primer piso. Escalera por la que subía Eleni para cuidar de Alex… aunque apenas tenía que hacerlo porque Aris no quería separarse del niño.

Y cuando Alex dormía, se quedaban a solas.

Aquel día estaban paseando por la playa, en silencio, empapándose de la belleza que los rodeaba. Selene miraba a Aris de soslayo y cada vez que lo hacía, él estaba mirándola con una intensidad abrumadora. Nerviosa, a veces reía, a veces se apartaba y corría hacia las olas que acariciaban la playa.

Había dejado atrás una ciudad fría de acero y cristal para encontrarse en un sitio que parecía el paraíso, atendida a todas horas por un hombre como Aristedes Sarantos. Y le parecía increíble.

Después de jugar en el agua como no lo había hecho desde que tenía diez años, se tiró sobre la arena, abriendo los brazos como si en ellos cupiera el universo.

–Y pensar que siempre había creído que no tenías un hogar.

–No lo tengo.

–¿Pero esta casa…?

Aris se tumbó a su lado en la arena, apoyándose en un codo para mirarla.

–No es exactamente mi hogar. No en el sentido que yo quería que lo fuera.

–¿Entonces por qué la compraste?

–No, en realidad hice que la construyeran.

–¿Y no pensabas vivir aquí?

–La construí para mis hermanos, por si algún día decidían volver a Grecia. Pero, por el momento, sólo la han usado alguna vez de vacaciones.

De modo que no había construido aquel sitio para él o para una futura familia. ¿Podría alguien como Aris cambiar, convertirse en el hombre que no había sido nunca?

Pero tenía que haber alguna razón para que hubiese construido la casa precisamente allí.

–¿Naciste en Creta?

–No, elegí Creta porque estaba lo más lejos posible del sitio en el que había nacido.

De modo que ésa era la razón. Le dolía que fuese una razón negativa, pero eso significaba que no se movía sólo por razones prácticas. También tenía impulsos, como todos los seres humanos.

–Mi casa estaba al otro lado de la isla, sobre el mar de Libia. Yo solía ir andando hasta Agios Nikolaos, un pueblo turístico al este de Heraklion, donde conseguí mi primer trabajo en los muelles. Y luego venía aquí y comía solo, mirando el mar. Desde los diez a los quince años, dormí en esta playa más que en mi propia casa –siguió contándole Aris. –Cuando gané mi primer millón, compré la parcela y empecé a construir la casa de mis sueños… aunque la terminaron hace sólo unos años.

Selene asintió con la cabeza, pensativa.

–Vives en Estados Unidos, pero no has solicitado la nacionalidad estadounidense.

–No, nunca he visto razones para hacerlo.

–Tus hermanos sí lo han hecho.

Sin dejar de mirar el horizonte, él asintió con la cabeza.

–Los llevé a Estados Unidos cuando eran muy pequeños y nunca han querido vivir en ningún otro sitio. Yo quería estar donde estaba mi trabajo y hasta hace unas semanas nunca había querido otra cosa.

No dijo nada más, pero el corazón de Selene daba saltos dentro de su pecho. ¿De qué huía cuando era un crío?, se preguntaba. ¿Dónde estaba su familia mientras él dormía en aquella playa a los quince años? Y sobre todo, ¿cómo se había convertido en el hombre que era cuando lo tenía todo en contra?

Pero no iba a preguntarle, esperaría que él mismo se lo contara, que le abriese su corazón cuando estuviera dispuesto a hacerlo.

De repente, Aris la apretó contra su corazón para hacer lo que decía haber hecho tantas veces cuando era un crío: ver como el sol se perdía dentro del mar.

Y Selene se dio cuenta de que no preguntarle, no intentar averiguar quién era iba a ser lo más difícil.

Selene dejó escapar un suspiro ante la maravillosa imagen que tenía ante sus ojos.

Aris, sin camisa, su cuerpo de dios brillando como una estatua de bronce, sus músculos flexionándose. Y por si eso no fuera suficiente, estaba ayudando a un desnudito Alex a dar sus primeros pasos sobre la arena.

Selene cerró los ojos, incapaz de soportar la emoción. Habían pasado dos semanas desde que llegaron a Creta y se había convertido en adicta a Aristedes Sarantos. Casi estaba empezando a depender de que él los transformase en un trío.

Cuanto más le abría su corazón, más le demostraba que no era sólo el hombre de negocios al que respetaba y el amante al que deseaba sino un hombre al que podría amar. Al que amaba, con toda su alma.

Y eso la estaba volviendo loca.

¿Y si quería a su hijo pero no a ella?

No dudaba que el lazo que estaba creando con Alex era profundo y para siempre, pero ellos no habían vuelto a hacer el amor. Tal vez ya no la deseaba, pensó, con angustia.

¿Y si estaba haciendo todo aquello sólo para demostrarle que podían compartir a Alex, sin que hubiera nada entre ellos? Aris era un empresario ambicioso y tal vez todo aquello era un plan para adquirir un hijo.

Tenía que saberlo con seguridad o se volvería loca.

Horas después, cuando Alex estaba en su cuna, Aris la llevó a la cocina para preparar una de sus creativas cenas.

Estaba dejando sobre la encimera las cebollas, champiñones y pimientos que habían tomado del huerto cuando Selene anunció:

–Puedes darle tu apellido al niño.

Él levantó la cabeza como si lo hubiera disparado.

–¿Lo dices en serio?

Selene asintió con la cabeza, emocionada por su evidente alegría.

–¿Quieres que Alex sea Alexandros Sarantos? –le preguntó Aris, con voz temblorosa.

Y ella sólo pudo asentir con la cabeza de nuevo porque no podía articular palabra. Pero, si pudiera, le haría la pregunta que estaba deseando hacer:

«¿Quieres que también yo sea Selene Sarantos?».

Un golpecito en la puerta hizo que los dos volvieran la cabeza, sorprendidos. Era Olympia y parecía muy agitada. Christos se había caído de una escalera de mano y estaba sangrando.

Aris corrió a auxiliar a su tío y, quince minutos después, Selene escuchaba las aspas del helicóptero.

Pero la llamó al móvil poco después.

–Me parece que Christos se ha roto el hombro. Voy a llevarlo a un hospital de Heraklion. Selene hizo una mueca. –Pobre hombre. Espero que se recupere pronto.

–Eso espero yo también –dijo Aris. –Selene… cuando has dicho que Alex podría llevar mi apellido, ¿querías decir que puedo darle mi apellido pero no ser su padre? Sé que sólo ha pasado un mes, pero... ¿sigues sin creer que pueda comprometerme de verdad? ¿Sigues temiendo que tarde o temprano desaparezca de su vida?

–¡No! –exclamó ella. No dudaba de su compromiso hacia Alex. ¿Pero qué significaba eso para los dos? Ésa era la pregunta que no se atrevía a hacer. –Estoy segura de que serás un padre maravilloso.

Aris dejó escapar un audible suspiro.

–Gracias, Selene. Nunca lamentarás esa decisión… pero ahora tengo que colgar. Gracias otra vez, *kala mou*.

Después de cortar la comunicación, Selene intentó llevar aire a sus pulmones. No había dicho nada sobre ellos dos.

Sólo quería a Alex.

Capítulo 8

Aris no volvió hasta el día siguiente. Eran las siete de la mañana, después de otra noche en el infierno, cuando oyó que se abría la puerta de entrada y sintió que su corazón se encogía con cada paso que lo llevaba hacia ella.

Se lo diría, le diría que quería volver a casa.

El experimento había concluido y Aris había pasado la prueba. Sería el padre de Alex. No había necesidad de seguir allí.

Aris entró en la cocina con aspecto cansado… y más atractivo que nunca.

–¿Christos está bien?

–Se pondrá bien. He llevado al hospital al mejor equipo médico de Atenas.

–Ah, muy bien.

Selene apartó la mirada, nerviosa.

–Oye, cuando dijiste que podría ser el padre de Alex, ¿querías decir que no me quieres como marido?

Su corazón dio un vuelco dentro de su pecho. ¿Estaba preguntándoselo o pidiéndoselo? Y si era esto último, ¿por qué lo hacía?

El cariño que sentía por Alex parecía empujarlo a comprometerse, pero Selene no quería eso. No, debía tomar una decisión sin apresurarse. Y debía decirle la verdad sobre sus sentimientos.

Aunque aquello fuese lo más difícil, lo más aterrador que había hecho nunca.

–Alex y yo no tenemos por qué ir juntos. Ser el padre de Alex no tiene nada que ver con ser mi marido.

–Pero ser su padre y tu marido era parte del trato.

Selene empezaba a hacerse ilusiones, pero tenía que estar segura del todo.

–Tu habilidad para negociar está fallando porque no parecía ser eso lo que me ofreciste el primer día.

–¿De qué estás hablando? Te pedí que te casaras conmigo el primer día.

Ella asintió con la cabeza.

–Sí, por Alex. Pero ésa no es razón para casarse y te lo dije entonces, cuando rechacé una proposición de matrimonio hecha a toda prisa y por las razones equivocadas.

–Quieres decir cuando te reíste de mi proposición –le recordó el.

Eso le había molestado, ¿eh?

–Tras lo cual, tú mismo reconociste que no estabas hecho para ser el marido de nadie.

Aris sacudió la cabeza, como si no diera crédito a lo que estaba escuchando.

–¿Qué crees que he estado haciendo estas últimas semanas?

–¿Llevarte bien con la madre de tu hijo? –sugirió Selene.

Él soltó una carcajada.

–Y yo pensando que nos llevábamos de maravilla…

–No, no lo creo.

–¿En serio? ¿Crees que no nos llevamos bien?

–No nos relacionamos como marido y mujer sino como amigos, como colegas. Aunque hace unas semanas no lo hubiera creído posible, debo reconocer que eres un buen amigo. Así que no creas que puedes ofrecerme matrimonio sólo por Alex. Podemos seguir como hasta ahora, siendo buenos amigos y buenos padres para nuestro hijo.

Aris la miró en silencio durante unos segundos y cuando pensó que iba a tomarla entre sus brazos para comérsela a besos, como prueba de que no podían ser amigos, se dio la vuelta.

Selene miró su espalda, perpleja.

¿Se marchaba? Pero no podía ser.

Cuando oyó que cerraba la puerta seguía sin creer que se hubiera ido.

Pero no volvió.

¿Sería posible que sus peores miedos se hubieran hecho realidad?

No sabía cuánto tiempo estuvo en la cocina, temblando, incrédula. Por fin, cuando logró moverse, se dirigió a la habitación de Alex.

No podía dejar que el dolor se la llevase por delante. Tenía que seguir siendo amiga de Aris porque él tenía derecho a ser el padre de su hijo sin ser su marido.

El niño estaba intentando levantarse en la cuna, como solía hacer últimamente, y Selene lo tomó en brazos, las lágrimas que resbalaban por su rostro mojando su pelo.

Se sentía feliz por él porque iba a tener un papá. En cuanto a ella, tenía que recuperar la compostura, volver a ser la que había sido antes de que Aristedes Sarantos entrase en su vida. No se hacía ilusiones, sabía que le había robado el corazón y que no habría manera de recuperarlo o de ser feliz con otro hombre. Lo único que podía esperar era acostumbrarse a la idea y encontrar refugio a su

pena, tal vez cierta serenidad.

Horas después, había hecho las maletas y estaba jugando con Alex mientras ensayaba lo que iba a decirle a Aris cuando escuchó un golpecito en la puerta.

Era Taki, el chófer.

–*Kyrios* Sarantos quiere que venga conmigo, *kyria* Louvardis.

Ella lo miró, alarmada.

–¿Le ha ocurrido algo?

–Está esperándola –insistió Taki.

Selene se volvió hacia Eleni y la niñera asintió con la cabeza.

–Vaya tranquila, yo me quedo con el niño.

Resignada, subió a la limusina y se dedicó a admirar el Mediterráneo hasta que, por fin, Taki se detuvo al lado del Porsche de Aris y le abrió la puerta.

Selene ni siquiera le dio las gracias, ni se fijó en que la limusina arrancaba de nuevo, porque sólo podía ver la escena que había delante de ella.

Al final de una alfombra roja, cubierta con pétalos blancos y flanqueada por ramos de lirios, había una enorme tienda de lona blanca a un metro de la playa.

Al final de la alfombra, estaba Aris, con una camisa blanca y un pantalón que destacaba sus fabulosas piernas. Su pelo ondulado, que no se había cortado desde que volvió a aparecer en su vida, se movía alrededor de su leonina cabeza, casi rozando sus hombros.

Selene se dirigió hacia él, aunque las piernas no le respondían del todo, y cuando llegó a su lado Aris clavó una rodilla en el suelo.

Y el corazón de Selene se detuvo.

Nunca, jamás habría imaginado que Aristedes Sarantos se pondría en posición de suplicante por nada ni por nadie.

Pero allí estaba.

Aris sacó del bolsillo una cajita de terciopelo del color del mar y, cuando la abrió, Selene dejó escapar un gemido.

Era un zafiro, el más perfecto que había visto nunca, casi del mismo color que sus ojos.

Y los de Aris estaban tan encendidos que rivalizaban con el calor del sol.

–¿Quieres casarte conmigo, *agape mou*?

Aris miraba a Selene, conteniendo el aliento. Su expresión asombrada no hacía nada por animarlo y cuando no contestó de inmediato, se asustó.

¿Y si le decía que no quería casarse con él, que se contentaba con que fuera el padre de Alex y nada más? ¿Su decisión de no tocarla hasta que hubieran aclarado su relación habría enfriado el ardor que sentía por él?

O tal vez lo estaba haciendo todo mal. Tal vez a la cerebral y cínica empresaria le parecía ridículo aquel gesto sentimental. Tal vez no le gustaba que hubiera clavado una rodilla en el suelo y la llamase «mi amor», mirándola como si fuera a ahogarse si le decía que no.

Aris bajó la mano con que le ofrecía el anillo y se levantó.

–Metí la pata la primera vez que te propuse matrimonio. ¿Otra vez lo estoy haciendo mal?

Entonces, un sonido melodioso salió de los labios que se moría por besar.

Selene estaba riéndose.

De él, de su ofrecimiento, de su proposición de matrimonio.

Aris bajó los hombros. ¿Qué había esperado después de toda una vida de exilio emocional? Evidentemente, le era imposible comunicar sus recién encontradas emociones.

–Me parecía bien… en teoría, pero veo que me he equivocado.

Selene dejó de reír abruptamente y lo miró a los ojos. Y entonces sintió que todo estaba bien, que todo se colocaba en su sitio, completándolo. ¿Cómo iba a vivir si él no era capaz de completarla a ella?

–Mira, olvídate de lo que he dicho. Quiero complacerte, honrarte, demostrarte cuánto deseo que seas mía, pero no soy capaz de hacerlo bien…

–Aris, no podrías haberlo hecho mejor –lo interrumpió ella. –Ni siquiera en mis más locas fantasías hubiera podido imaginar algo parecido.

–¿Entonces por qué…?

–¿Por qué me he reído? Porque tú, Aristedes Sarantos, pareces tener los mismos miedos que yo tenía hasta hace unos minutos.

–¿Qué miedos?

–Como no habías vuelto a hacerme el amor, pensé que no me deseabas tanto como yo pensaba.

¿Ése había sido su miedo?

–Tenías razón –dijo él. –Porque te deseo mucho más de lo que puedas imaginar, más de lo que es sensato. Mi deseo por ti me define ahora, es lo que soy: el hombre que te desea.

En sus preciosos ojos vio una mezcla de alegría y tristeza.

–¿Entonces por qué no has vuelto a hacerme el amor?

–Estaba intentando hacer las cosas en el orden adecuado y temía que la intimidad sexual nos abrumase. Así que me he contenido, me he limitado a ser un buen amigo para ti… y el precio ha sido mi cordura.

–Y la mía.

Su confesión estaba sellando la verdad.

Selene lo deseaba, tanto como él la deseaba a ella.

Era casi inconcebible.

¿Cómo podía merecerlo?, se preguntó. Pero daba igual. A partir de aquel momento viviría intentando demostrarle que había hecho lo que debía hacer, lo mejor para los dos. Para los tres.

Esta vez, cuando clavó una rodilla en el suelo, Aris sacó el anillo de la caja.

–¿Quieres apiadarte de mí y decirme que sí, *agape mou*?

Selene alargó una mano hacia él. Quería que le pusiera el anillo a la manera tradicional, pero le temblaba tanto la mano que Aris tuvo que sujetarla.

–Y pensar que has malinterpretado mi contención por falta de interés.

–Y casi me muero. ¿Quieres tú apiadarte de mí ahora?

Cegado, loco de ansia por ella, de rendirse ante ella, Aris se levantó y tomó entre sus brazos a aquella diosa de la luna. Su mujer, la mujer para la que había sido creado.

–¿Eso es un sí, Selene? –murmuró sobre sus labios. –¿Sí a una vida entera conmigo?

–Sí –dijo ella, con un hilo de voz.

–¿Sí a todo lo que quiero hacerte ahora y para siempre?

Esta vez, cuando Selene asintió con la cabeza dejando escapar un gemido, Aris tembló de arriba abajo. Quería que repitiera ese gemido una y otra vez, quería hacerla gritar y sollozar de placer mientras la devoraba, mientras la hacía suya.

–Di que eres mía –murmuró.

–Soy tuya, Aris.

Aquello era para lo que había vivido, su gran triunfo, lo único que merecía la pena.

–Mía para adorarte y para darte placer –Aris buscó sus labios, suspirando por el regalo que nunca había creído merecer y que jamás pensó encontrar en su camino. –Di que eres mía, Selene, haz que lo crea.

Ella lo repitió mientras la llevaba en brazos hacia la tienda, en el centro de la cual había una cama con sábanas de seda del color de sus ojos.

Aris se apartó para quitarle el vestido y reemplazó la tela con sus labios, con su lengua y sus dientes, los gemidos de Selene diciéndole dónde atormentarla. El deseo llegaba a un punto crítico, pero no podía dejar que su primer momento de intimidad en tanto tiempo, el que sellaría un pacto de por vida y daría comienzo a una vida de placeres, fuese menos que perfecto para ella. Su placer, como había ocurrido la primera vez, siempre derivaría del placer de Selene.

Se apiadó de ella, y de sí mismo, mientras le quitaba las braguitas y luego se apartó para mirar a su diosa.

La había visto antes de que tuviera a Alex y creía conocer su maravilloso cuerpo…

Pero se había equivocado. Porque allí estaba, madura, fuerte, ella, su mujer. Y se moría por él como él moría por ella, temblando con la fuerza de su deseo.

–Eres mucho más bella de lo que recordaba –musitó, con voz ronca. –Eres increíble, *agape mou*, me vuelves loco.

Selene levantó los brazos, en demanda, en súplica, y Aris tiró de ella.

–Dámelo todo, suplícame que yo te lo dé todo… te lo ruego.

Y ella lo hizo, su voz rompiéndose de pasión.

–Hazme todo lo que quieras, hazme tuya.

–No te guardes nada… nunca más.

Aris acarició los perfectos globos de sus túrgidos pechos, pellizcando los rosados pezones y ella recompensaba cada tirón, cada caricia, con un gemido. Y cuando deslizó la mano hacia abajo para ponerla sobre su monte de Venus, la oyó gritar.

Allí era donde se unían, donde la invadía, donde ella recibía su semilla y la transformaba en la magia de la vida. Donde le había dado la otra mitad de su alma, Alex.

–Éste es mi hogar, *agape mou*. Mi único hogar.

–Aris… –musitó ella. –Sí, mi amor, sí… ven a casa, dentro de mí.

«Mi amor».

Escuchar esas palabras en su voz satinada, como una oración, como un homenaje, Aris tuvo que tragar saliva. Había esperado, había soñado, pero oírselo decir… era demasiado para él.

No podía tener tanta suerte.

Dejó escapar un gruñido mientras introducía dos dedos en la humedad satinada de sus exquisitos pliegues, abriéndolos, excitándose aún más con su aroma, con la evidencia de su deseo.

–Aris, por favor…

–Deja que te dé placer, que te prepare. Aunque no puedo esperar mucho tiempo.

Ella lo recompensó con un nuevo río de lava y Aris se oyó a sí mismo rugiendo como una bestia cuando su pulgar encontró el capullo escondido. Apenas la había tocado cuando gritó su nombre, deshaciéndose entre sus brazos.

Pero él seguía moviendo los dedos, acariciándola por dentro y por fuera, chupando sus pezones hasta que sintió que se cerraba sobre sus dedos de nuevo, la bestia que había dentro de él enloquecida por su sabor, por su olor.

Selene intentó cerrar las piernas, sus ojos humedecidos y cautivadores.

–Aris, por favor…

–No, aún no. Llevo demasiado tiempo hambriento de ti. Demasiado tiempo, *agape mou*. Diecinueve largos meses… deja que disfrute.

Ella asintió, en silencio, sus mejillas ardiendo mientras se abría para él.

Aris se arrodilló ante ella, la sangre escapando de su cabeza para concentrarse en su miembro. Apretando los dientes, se colocó las piernas de Selene sobre los hombros, llenando sus manos con las firmes y sedosas nalgas.

–Mírame mientras te doy placer.

Selene se apoyó en los codos, empujando las caderas hacia arriba para poner sus labios femeninos contra los de él.

–Una belleza así debería estar prohibida –murmuró Aristedes, llevándola al borde del precipicio mientras escuchaba la música de sus gemidos.

Aquello era erotismo, intimidad y plenitud.

Con Selene era siempre así. Había sido así durante esos dos días mágicos, cuando concibieron a Alex. Selene no se cansaba de él, como él no se cansaba de ella.

Suspirando, la aplastó contra el colchón, marcando sus labios con un beso para que saboreara su propio placer.

–Dámelo todo –murmuró ella, tirando de su camisa y su pantalón con manos ansiosas.

Aris sintió que perdía la cabeza. No quedaba nada de él más que la necesidad de ceder, de enterrarse en ella por fin. Y lo hizo, colocando la punta de su miembro en la entrada, estimulándola, bañándose en su néctar, conteniéndose para no empujar.

Selene gimió, arqueándose hacia él para estar más cerca, y Aris se rindió del todo mientras se enterraba en la mágica cueva, la garra de terciopelo envolviéndolo. Parecían hechos el uno para el otro, como si fuera imposible encontrar una mujer que se ajustase tan perfectamente como ella.

Y, sin embargo, al oírla gemir, pensó que le había hecho daño.

–Perdóname… debería tener más cuidado.

–No, no –la voz de Selene era un suspiro. –Me prometiste que no te guardarías nada.

Aris la acarició, vacilante cuando su rostro se convulsionó en una mezcla de éxtasis y agonía.

–No te atrevas a guardarte nada, Sarantos.

Fue ese Sarantos, ese reto… Aris se perdió dentro de ella, profundizando su embestida.

–¡Sí!

Su grito de bienvenida hizo que empujase con más fuerza, sintiéndola temblar debajo de él, oyendo sus gemidos y sus incoherentes palabras. Parecía brillar de placer, cada centímetro de su cuerpo una obra de arte que ni los poetas y artistas de la antigua Grecia hubiesen podido plasmar.

Se apartó de ella para volver a entrar con la misma fuerza y se rompió, sintiendo el impacto del orgasmo como nunca lo había sentido antes.

Selene quedó inerte debajo de él, suspirando, buscando aire. Por un momento, pensó que se había dormido y se sintió más feliz que nunca mientras estudiaba su rostro.

Podría haber estado mirándola para siempre.

Pero un segundo después, Selene le regaló una sonrisa que podría haberle hecho volar. Y luego se incorporó un poco, rozando su pecho con la gloriosa melena.

–¿Tú sabes lo que siento cuando estás dentro de mí? Me sentía vacía sin ti… no vuelvas a dejarme vacía, mi amor.

–El ansia que sentía por ti me consumía –le confesó Aris. –Tómame siempre dentro de ti, *agape mou*. No me dejes escapar.

–Sí, sí… y esta vez lo deseo todo.

Él la miró, sorprendido. Creía habérselo dado todo.

Selene se apoyó en los codos, una diosa de sensual abandono, su sonrisa tan letal como un narcótico.

–Quiero cada centímetro de lo que es mío. Eres mío y puedo hacer contigo lo que quiera, ¿no?

Aris entendió entonces lo que quería decir.

–Soy tuyo, Selene. Tuyo, *agape mou*, de nadie más.

Selene estaba en la cama, muda, mareada después de lo que Aris le había hecho, pero preparada para más. Preparada para todo.

La repentina violencia del mar, sacudido por el viento, hacía temblar la luz de la lámpara de aceite y los faldones de la tienda. Todo parecía acorde con el poder de su sexualidad.

Aris estaba de pie, frente a ella, y la luz del sol que se colaba por las costuras de la tienda iluminaba su excitado cuerpo.

No podía creerlo. ¿Todo eso era suyo?

–Tuyo, Selene –dijo él, como si hubiera leído sus pensamientos.

Ella enterró la cara en su plano abdomen, respirando su aroma, buscando aquel miembro que parecía de acero pero era como el terciopelo.

–Date prisa, *agape mou*. Espero ansiosamente mi turno para hacerte mía, para darte placer.

Pero Selene no se dio prisa; al contrario, se tomó su tiempo. Y luego, cuando pensó que ya no le quedaba nada, Aris le demostró

que no era así.

Y durante el resto de la noche siguió demostrándoselo.

Durante los días siguientes, Selene no dejaba de preguntarse si aquello era real.

Pero lo era. Su intimidad era cada día más profunda. Aris le abría su corazón, hablándole de su pasado, de sus planes de futuro. Y se sentía tan feliz que la asustaba. El destino nunca dejaba que alguien fuera tan feliz y siempre conspiraba para romper esa felicidad.

Como para validar su miedo, una tarde, mientras tomaban el sol frente a la piscina, Aris recibió una llamada de teléfono.

Y cuando la miró, en sus ojos vio algo… terrible.

Aris apartó la mirada enseguida y cortó la comunicación, pero Selene estaba segura: algo terrible había pasado.

Y luego todo ocurrió muy rápido. Iba a levantarse y, de repente, oyó un golpe seguido de un grito.

Su hijo.

Alex estaba en el suelo, gritando a pleno pulmón. Mientras ella estaba preocupada por la expresión de Aris durante la llamada de teléfono, Alex se había levantado de la toalla y había resbalado en el suelo mojado del borde de la piscina, golpeando su cabecita contra el suelo…

Un segundo después, su hijo dejó de gritar y empezó a sufrir convulsiones.

Capítulo 9

Durante la pesadilla que siguió, Selene aprendió el significado de la palabra terror. Y la importancia de tener a Aris a su lado.

Porque Aris no era sólo el padre de Alex o una pareja para ella. Siendo alguien que había creado su propio imperio partiendo de la nada, era casi inhumanamente eficiente, la mejor persona en la Tierra para tener al lado en un momento de crisis.

Y aquél era el peor momento de su vida.

Al darse cuenta de que Alex estaba sufriendo convulsiones, todo tipo de macabro escenario empezó a pasar por su cabeza, paralizándola por completo. Alex podría sufrir una conmoción cerebral, podría morir. Podrían perderlo.

Y sería culpa suya.

Pero Aris no se hundió, al contrario. A toda velocidad, tomó al niño en brazos, diciéndole que no iba a dejar que le pasara nada, que cuidaría de él.

Y lo hizo.

Unos minutos después, subían al helicóptero con Eleni y Aris lo organizó todo durante el vuelo. Cuando aterrizaron en el helipuerto del hospital, un equipo de médicos estaba esperando.

Las pruebas terminaron en menos de media hora, pero si Aris no hubiera estado a su lado, sujetándola, animándola e imbuyéndola de su fuerza, Selene se habría derrumbado.

Cuando sacaron al niño de la sala de urgencias, despierto pero desorientado, Alex levantó los bracitos hacia ella primero… pero luego buscó a su padre y enterró la carita en su pecho buscando protección.

Cada uno de los médicos tenía una teoría, pero todos coincidían en que Alex había sufrido una ligera conmoción, pero el peligro había pasado y se recuperaría en unos días sin complicaciones. Lo peor que podría pasar era que tuviese jaqueca durante unos días, aunque debía quedarse en observación durante cuarenta y ocho horas, sólo como precaución.

A pesar de eso, y de que Alex despertó horas después como si nada hubiera pasado, para Selene siguió siendo el momento más horrible de toda su vida.

Pero cuando volvieron a casa se dio cuenta de que la pesadilla no había terminado.

Al principio pensó que era por el susto, que estaba imaginando

una tensión que no existía, pero ya no podía creerlo. Le habían dado una mala noticia por teléfono, una noticia que Aris no quería compartir con ella y eso la turbaba más que nada. No podía soportar que estuviera sufriendo solo, que pensara que no podía compartir sus preocupaciones con ella.

Pero algo que no podía entender impedía que le preguntase, algo enorme que parecía colgar sobre ellos, sobre su futuro. Y no quería mirarlo a los ojos por temor a que ese algo fuera real.

Después de meter a Alex en la cuna por la noche, Selene decidió que no podía esperar más. No podía irse a la cama con él en ese estado.

–El niño está bien –dijo Aris, mientras abría la nevera. –Y por enésima vez, no fue culpa tuya.

–Quiero irme a casa –dijo Selene.

Él se quedó en silencio durante lo que le pareció una eternidad.

No sabía por qué lo había dicho así, de repente. O tal vez sí. Se sentía atrapada allí y necesitaba recuperar el control, estar en su territorio al menos. Y también creía que Aris necesitaba volver a Nueva York para lidiar con ese problema del que no quería hablarle.

Lo miró, con el corazón en la garganta mientras cerraba la nevera y se acercaba a ella. Seguramente le preguntaría por qué… pero no le preguntó. Sólo dijo:

–Como tú quieras.

Nunca había habido nada que Selene hubiese querido menos.

Y se lo dijo. Le dijo que habría deseado que sus vacaciones en Creta no terminasen nunca, que le encantaría volver pronto.

Aris sonrió, asegurándole que volverían cuando ella quisiera, pero sus palabras contradecían su expresión distante. Parecía haberse cerrado por completo.

Se dijo a sí misma que pasaría, que estaba preparándose para lidiar con el problema que lo esperaba en Nueva York, que una vez solucionado volvería a ser el mismo de antes.

Tenía que creerlo.

En veinticuatro horas habían vuelto a la ciudad en la que había vivido toda su vida, pero que ya no era su hogar. Su hogar era donde se había entregado a Aris, donde se habían convertido en una familia.

Estaba a punto de entrar en el apartamento cuando su corazón se detuvo al ver el brillo agresivo en sus ojos.

Y enseguida entendió por qué.

Sus tres hermanos estaban en el pasillo, mirándolo con evidente hostilidad.

No, no podía lidiar con aquello en ese momento. ¿Qué querían?

¿Quiénes creían que eran para entrar en su vida sin pedir permiso?

Antes de que pudiera decir nada, su hermano mediano, Lysandros, dio un paso adelante.

–Ah, la familia feliz ha regresado.

Damon soltó un bufido.

–Sí, qué emocionante.

De modo que lo sabían. Selene habría preferido contárselo ella misma, pero no podía cambiar las cosas. Además, su presencia allí podría terminar siendo una bendición. Por fin, podrían contarles la verdad y olvidarse del asunto.

Selene miró a Aris para decirle con los ojos que no tenía que luchar; el niño y ella eran suyos.

Era ella quien tenía que solucionar la situación y dictar las condiciones de la relación con sus hermanos porque Aris no iba a desaparecer de su vida. Una relación, con un poco de suerte, de amistad y fraternidad.

Pero él no la miraba a los ojos y su mortificación se convirtió en sorpresa al ver su expresión. Había estado esperándolos.

Selene miró a sus hermanos, esperando una explicación, pero ellos se acercaron a Aris como una manada de lobos. Y, en ese preciso instante, Alex dejó escapar un gemido.

Todos se volvieron para mirar al niño quien, como si intuyera que ocurría algo grave, apoyó la cabecita en el torso de su padre.

Eso detuvo a sus hermanos en seco.

Aris acarició la cabecita de Alex, murmurando algo ininteligible antes de mirar a Eleni, de quien también Selene se había olvidado.

Sin decir una palabra, la niñera tomó a Alex y desapareció en el interior del apartamento.

Todos se quedaron en silencio, roto al fin por Nikolas:

–¿Te has enterado, Sarantos? –le espetó.

–Míralo, claro que lo sabe –dijo Damon. –Sus perros de presa deben haberle dado la noticia.

¿De qué estaban hablando? ¿Qué noticia era ésa?, se preguntó Selene.

–¿Qué te parece, Sarantos? ¿Te gusta que te hayan dado la patada por una vez en tu vida? Y te va a doler más que nunca. Será como te dije, el principio del fin para ti.

–Por un momento nos tuviste asustados –siguió Lysandros. –Pero te hemos ganado la partida. Ahora nosotros tenemos el contrato con la armada estadounidense y siento un gran placer al decírtelo a la cara. Estás fuera del negocio, Sarantos. Hemos contratado a los Di Giordano.

Selene parpadeó, incrédula. ¿Era cierto? Si lo era, aquélla debía ser la noticia que Aris había recibido en Creta. ¿Pero cómo lo

habían hecho? Era imposible que Aris no estuviera preparado para algo así. ¿Cómo podían haberlo eliminado tan fácilmente?

–Estabas desesperado por conseguir ese contrato, ¿verdad? –siguió Damon. –Estabas decidido a conseguirlo como fuera y cuando poníamos obstáculos en tu camino, tú intentas saltarlos. Y te has infiltrado a través del eslabón más débil: Selene.

Ella miraba de unos a otros, atónita. Sus hermanos pensaban…

–Tú sabías lo de Alex desde el principio, ¿verdad? –siguió Nikolas. –Pero sólo decidiste perseguir a Selene y entrar en la familia Louvardis para que no fuéramos enemigos porque no te convenía.

El horror de lo que estaban sugiriendo la dejó muda. Acusaban a Aris de algo terrible. ¿Cómo podía convencerlos de que no era un demonio, cómo iba a decirles que tenía total confianza en él?

–Eres tú quien ha caído en la trampa –siguió Lysandros. –Pero somos gente razonable y tú eres, después de todo, el padre biológico de Alex. Así que, por nuestro sobrino, estamos dispuestos a tolerar que entres en la familia. Puede que incluso nos convenzas para que te dejemos parte del contrato.

Selene estaba furiosa, fuera de así. No iba a permitir que lo trataran con esa condescendencia. Sus hermanos tendrían que disculparse y rogar el privilegio de trabajar con Aris. Ella se encargaría de eso.

Pero Lysandros no había terminado:

–Éste es el trato, Sarantos. Si quieres el contrato, exigimos un incentivo, una hipoteca por así decir, en caso de que te vuelvas contra nosotros. Y estamos seguros de que lo harías.

–La mitad de tu fortuna –dijo Nikolas– a nombre de Selene y Alex.

–¿Queréis callaros de una maldita vez? –exclamó ella, encolerizada. –Estáis diciendo tonterías. Hacedme un favor y marchaos de aquí.

Sus hermanos permanecieron donde estaban, de modo que sólo le quedaba pedirle a Aris que se fuera porque no había nada que ganar en aquella pelea cargada de testosterona. Hablaría con ellos cuando se hubiera ido.

Pero cuando se volvió hacia Aris recibió un golpe más duro porque la miraba como si fuera el enemigo.

–¿Aceptas el trato, Sarantos? –insistió Nikolas.

Y Aris habló por fin, con los dientes apretados:

–Desde luego que no, Louvardis.

–No me sorprende –dijo Damon. –Pero te lo agradezco, casi temía que dijeras que sí.

–Entonces márchate –intervino Lysandros. –Has perdido,

acéptalo como un hombre. Aunque, considerando lo bajo que has caído esta vez, dudo que lo seas.

Aris dio un paso adelante.

–Está claro que no sabéis con quien estáis tratando –les dijo, con voz helada. –Si tuvierais la inteligencia de vuestro padre habríais aceptado negociar conmigo, pero habéis tenido que jugar sucio, niñatos mimados –añadió, desdeñoso. –Ahora, dejad que un maestro os enseñe cómo se hacen las cosas. Para cuando termine con vosotros, me suplicareis que vuelva a firmar un contrato.

Selene puso una mano en su brazo.

–Aris…

Él puso la mano sobre la suya y la apartó, como si lo asqueara.

Con una última mirada, en la que claramente también le declaraba la guerra a ella, se dio la vuelta y salió del apartamento.

Y Selene supo que se iba de su vida.

La vida en la que nunca había entrado en realidad si podía marcharse tan tranquilamente.

Nikolas le pasó un brazo por los hombros.

–Siento que haya tenido que terminar así, pero cuanto antes veas que estabas con alguien que no se detendría ante nada para conseguir lo que desea, antes se te pasará.

–Sabemos que te duele –dijo Lysandros, –pero es lo mejor. Te habría dado la espalda cuando le conviniera, por eso le hemos obligado a hacerlo ahora, antes de que destrozase tu vida y la de Alex.

Damon, el hermano con el que mejor se llevaba y evidentemente quien peor lo estaba pasando, sacudió la cabeza, incrédulo.

–No sé cómo has podido creer a ese hombre…

–¡Callaos de una vez!

Selene no quería hablar con ellos ni escuchar esas estúpidas palabras de consuelo cuando no había consuelo posible.

–Selene, es lo mejor…

–Marchaos, dejadme en paz.

Las acusaciones de sus hermanos, el silencio de Aris y que se hubiera marchado sin hablar con ella reescribían el tiempo que habían pasado juntos en Creta. Cada palabra, cada caricia tomando una macabra interpretación.

Decían que un corazón no podía romperse, pero no era verdad porque el suyo estaba hecho pedazos.

Todo era mentira.

Selene tardó dos días en recuperarse. Y lo hizo sólo para llamar a sus hermanos, que aparecieron en el apartamento uno detrás de otro, los tres mirándola con cara de preocupación.

–Quiero que hagáis algo que nunca haríais por voluntad propia –empezó a decir. –Pero si Alex y yo os importamos algo, lo haréis.

–*Theos*, Sel, sólo lo hemos hecho porque te queremos y deseamos que seas feliz.

–Es demasiado tarde para eso –replicó ella, con voz ronca. –Pero podéis ayudarme a terminar con esto para siempre. Por favor, dejad que Aris… dejad que Aristedes recupere el contrato.

Sus hermanos se miraron, incómodos.

–Si con eso fueras feliz, lo haríamos –dijo Nikolas. –Pero no podemos hacerlo.

–¿Por qué?

–Sarantos ha llevado a cabo su amenaza, nos ha quitado el contrato de las manos. Ahora él es el constructor y él decidirá a qué empresa de ingeniería naval contrata.

Damon dejó escapar un suspiro.

–No sabemos cómo lo ha hecho.

Pero Selene sí lo sabía. En los últimos días, cuando Aris parecía abrirle su corazón, ella había hecho lo propio y ahora se daba cuenta de que había usado sus confidencias contra la empresa Louvardis.

De modo que aquélla era la confirmación de que la había manipulado para llegar a su hijo.

¿Qué haría un monstruo como Aristedes para conseguir la custodia de Alex?

Aunque el niño hubiera empezado siendo un peón en su estrategia para arruinar a la familia Louvardis, Selene no tenía la menor duda de que Aris intentaría reclamarlo.

Claro que también había creído que la quería a ella, de modo que esperaba estar equivocada sobre sus sentimientos por Alex.

O tendría que luchar por su hijo contra el mismo demonio.

Al día siguiente, Selene se obligó a sí misma a ir a la oficina.

Tenía que preparar un plan en caso de que Aris decidiera pedir la custodia de Alex, pero unos minutos después de llegar, oyó que se abría la puerta.

–He intentado detenerlo, pero… –empezó a disculparse su secretaria.

Selene sintió un vacío en su interior al ver a Aris.

De modo que era cierto, pensó. No sentía nada. Ni sorpresa, ni rabia, ni dolor. Nada. Aris había matado sus sentimientos.

Él se acercó como un tigre, manteniéndola cautiva con su penetrante mirada mientras dejaba una carpeta sobre el escritorio.

–Creo que debo felicitarte por…

Pero Aris no dejó que terminara la frase. La tomó por los brazos y la levantó del sillón, apretándola contra su pecho.

Después de un momento de parálisis, Selene intentó apartarse.

–¡Suéltame! –gritó, la protesta de una víctima a punto de ser devorada.

–Nunca –replicó él, apoderándose de sus labios en un beso abrasador.

Capítulo 10

Aris estaba besándola.

Besándola como si ella fuera el aire que le faltaba.

No, no se haría ilusiones otra vez, era ridículo. No dejaría que pisoteara su corazón de nuevo.

De modo que lo empujó, decidida a no escuchar el clamor de su cuerpo, que le urgía a rendirse, a aceptar cualquier cosa que él quisiera darle.

Por fin, Aris se apartó, mirándola como si la hubiera besado en un momento de locura.

–¿Qué piensas hacer? ¿Tomarme contra mi voluntad?

–No sería contra tu voluntad –respondió él. –Sea lo que sea lo que sientes por mí, tú deseas esto tanto como yo. Me deseas, Selene.

–Eso ya no importa. El juego ha terminado y tú has ganado. Y tendrás que contentarte con eso porque no vas a tener nada más de mí –le espetó ella. –¿Por qué has venido? No pensarás que vamos a retomar lo que dejamos en Creta, ¿verdad?

–Estoy aquí para decirte que no me importa.

¿Sería tan cruel como para ir allí y besarla hasta volverla loca sólo para decirle después que no le importaba?

–Me da igual lo que haya pasado –siguió Aris. –Me da igual si tus hermanos te presionaron o si tú sentías que se lo debías a la memoria de tu padre…

–¿De qué estás hablando?

–Estoy hablando de que tus hermanos me eliminaron del contrato usando información que sólo conocía yo. Hasta que te la conté a ti.

Selene lo miró, perpleja. Pero entonces lo entendió todo. Por eso era por lo que la había mirado de esa forma en Creta, cuando recibió la llamada de teléfono...

–¿Crees que yo les di la información?

Sus ojos decían que sí.

–Puede que te engañaran para que revelases información privilegiada… o tal vez sean tan listos que lo han adivinado por su cuenta.

–¿Y cuál es la versión que estás dispuesto a creer?

Aris la miró a los ojos, en silencio.

–Tú no tuviste nada que ver.

–Vaya, gracias. Qué alegría ser exonerada con una frase. Tanto

como ser acusada y juzgada sin decir una sola.

–No quería creerlo, Selene –Aris se pasó una mano por el pelo, nervioso. –Lo de Alex fue terrible para mí… puede que por fuera pareciese fuerte, pero por dentro estaba pulverizado. Entonces me di cuenta de que dependía de ti, de los dos, para respirar. Pero, de repente, tú querías volver a Nueva York…

–¿Qué tiene eso que ver?

–Estaba más débil que nunca cuando tuve que enfrentarme con tus hermanos y sus palabras parecían confirmar mis miedos. Admito que dejé que mis sospechas me controlasen por un momento…

–¡Por un momento! Te habían controlado hasta hace un segundo.

–Sólo he tenido que mirarte a los ojos para saber que no es verdad –dijo él. –Pero incluso cuando pensaba que tenía razón, que no me habías querido nunca, me daba igual. Seguía deseándote.

–Y se supone que yo debo alegrarme de ello, ¿no? ¡Has creído lo peor de mí, me has juzgado sin concederme el beneficio de la duda y luego cometes el mismo crimen del que me acusabas a mí! Has usado información privilegiada, información que yo te he dado, para robarle el contrato a mi familia.

–No es cierto.

–¿Cómo qué no?

–Soy el mejor del negocio, Selene. Puedo conseguir cualquier cosa, todo lo que quiera… en los negocios. Pero en las relaciones personales parece que no tengo ni idea –Aris volvió a pasarse una mano por el pelo. –Me he quedado con el contrato sólo para demostrarte que puedo ganar, pero que no significa nada para mí si no te tengo a ti y a Alex.

–No nos mereces –dijo ella. –Espero que el poder sea tu cruel y frío compañero durante el resto de tu vida, Aris. Y te advierto que lucharé por Alex hasta mi último aliento. No voy a dejar que un paranoico obsesivo como tú sea su padre. Y me alegro de que sea demasiado pequeño para recordarte, me alegro de que no sepa nunca que su padre es un monstruo.

Aris levantó las manos en un gesto de súplica.

–No me hagas eso, por favor. He venido a traerte esto –le dijo, señalando la carpeta que había dejado sobre el escritorio.

–¿Qué es?

–La prueba de que incluso cuando pensaba que habías elegido a tu familia por encima de mí, yo nunca elegiría a nadie más que a ti. Esta carpeta contiene los documentos de devolución. Quiero devolverle el contrato a tus hermanos.

Selene miró la capeta y luego a él.

–Podría ser una trampa, te conozco bien. Siendo el mejor, has

calculado que podrías ganar la batalla a los Louvardis, pero la guerra, ahora que es personal, escalaría a tal nivel que no podrías soportarlo. Así que has decidido que es más sensato devolvernos el contrato como gesto de buena voluntad y mantenerme a mí y Alex como seguro permanente.

–Selene, te lo suplico, no…

–¿No qué? ¿No te gusta probar tu propia medicina? ¿Qué crees que sentimos Alex y yo cuando te fuiste? Alex llora todas las noches, esperando que vuelvas, y yo no he podido decirle dónde estás porque no lo sabía. No podía decirle que volverías o que si lo hacías podría ser mucho peor para los dos. Eres el hijo de tu padre después de todo.

–No, yo no me parezco a mi padre.

–Pero eso es lo que tú siempre has creído, ¿no?

Y parece que tenías razón –insistió Selene, deseando hacerle tanto daño como le había hecho él.

–Te juro que no…

–No jures nada –lo interrumpió ella. –Siempre podrás encontrar una razón para marcharte que te parezca aceptable, estoy segura. Pero yo no puedo arriesgarme a eso otra vez, ni por mí ni por Alex. Mi hijo necesita una madre, no una masa de ansiedades y tristezas.

Aris dio un paso atrás, como si lo hubiera golpeado

–Te daré pruebas de que eso no va a pasar. Y te demostraré que estás equivocada sobre mí. No soy el hijo de mi padre, Selene. No soy un egoísta ni un canalla. No te rindas, *agape mou*. No me saques de tu corazón.

Ella apartó la mirada. No quería, no debía hacerse ilusiones.

Cuando creyó que iba a tomarla entre sus brazos de nuevo, Aris hizo un gesto con la cabeza, como si fuera una promesa solemne, y salió del despacho.

Y Selene lo miró, pensando que parecía un guerrero embarcándose en una misión llena de peligros, decidido a volver con el trofeo a costa de lo que fuera.

No volvió a saber nada de Aris en cuatro días y los demonios de la duda empezaron a susurrarle cosas terribles al oído.

¿Y si había decidido que Alex y ella no merecían tanto esfuerzo? ¿Y si, para ahorrarse las interminables complicaciones de la intimidad, había decidió volver a su solitaria vida?

No, no podía creerlo. Pero la duda era maligna y la encontraba debilitada.

El quinto día, estaba metiendo a Alex en la cuna a la hora de la siesta cuando sonó el teléfono.

Damon empezó a hablar sin preliminares, como siempre.

–Estoy delante de tu edificio. Baja, por favor.

Y colgó antes de que ella pudiese decir nada.

Unos minutos después, Selene colocaba la sillita de seguridad de Alex en el asiento trasero antes de sentarse al lado de Damon. Le bombardeó a preguntas, pero su hermano se limitó a decir que aún no sabían lo que estaba pasando, aunque pronto lo averiguarían.

Selene no tenía la menor duda de que aquello era sobre Aris. ¿Pero qué? ¿Estaría esperándolos con la «prueba»? ¿Qué podía ser esta vez?

Media hora después, llegaban a la mansión de su familia, donde se había instalado Nikolas hasta que decidieran qué iban a hacer con ella.

Una vez dentro, Damon la llevó a la antesala del antiguo despacho de su padre, ahora de Nikolas.

–Espera aquí y no te muevas por nada, ¿de acuerdo? No sé qué va a pasar, pero sea lo que sea seguro que es interesante.

Selene extendió una mantita en el suelo para Alex y se dejó caer en el sofá. Un segundo después, aunque casi lo esperaba, dio un salto al escuchar la voz de Aris.

–¿Puedo hablar, ahora que la familia se ha reunido? –estaba diciendo, con voz cansada.

–Puedes decir lo que tengas que decir –anunció Damon. –Pero que sea corto, Sarantos. No tenemos todo el día.

–No será corto, Louvardis, así que sírvete una copa para soportarlo –Selene oyó que Aris respiraba profundamente. –Mi madre tenía diecisiete años cuando yo nací. Era una chica sin educación y se casó con el hombre que la dejó embarazada, un hombre que tenía cuatro años más que ella, un seductor sin trabajo que entraba y salía de nuestras vidas, cada vez dejando un hijo más, otra carga sobre los hombros de mi madre, antes de marcharse de nuevo. A los doce años tuve que dejar el colegio y ponerme a trabajar en lo que podía para llevar comida a mi casa. Mi padre desapareció de nuestras vidas por completo antes de que naciera mi hermana pequeña, Caliope, y yo crecí despreciando las emociones que llevaron a mi madre a destrozar su vida. Juré que jamás me dejaría guiar por el corazón, que ninguna debilidad, como veía entonces el amor y la familia, me afectarían nunca. Y pronto empecé a creer que era igual que mi padre, incapaz de sentir nada por los demás. Me apartaba de todos los que intentaban acercarse a mí y les daba lo único que creía importante: dinero e influencia.

Aris se quedó callado y Nikolas dejó escapar un suspiro.

–¿Esta lección sobre la historia de los Sarantos lleva a algún sitio?

–Muy bien, daré un salto adelante –dijo él. –Cuando vuestra familia apareció en mi vida, yo envidiaba a vuestro padre y quería

impresionarlo. Pero terminé haciendo que me odiase a muerte.

–No te odiaba, Sarantos –dijo Lysandros. –Seguramente, ésa es la razón por la que nosotros sí te odiamos. Te admiraba mucho, siempre decía que deberíamos aprender de ti.

Eso era nuevo para Selene. Y también parecía serlo para Aris.

–¡*Theos*! –exclamó. –Si pensaba eso, ¿por qué…?

–No supe la repuesta hasta que leí sus diarios –lo interrumpió Nikolas. –Mi padre vio que te volvías más frío, más distante con el paso de los años. Y sentía, no sé por qué razón, que era una especie de padre adoptivo para ti y que era su deber apartarte del abismo. Y, aunque nosotros no lo imaginábamos siquiera, también sabía la atracción que Selene sentía por ti y decidió que debía convertirte en el hombre que quería para su única hija.

De modo que su padre lo había sabido siempre…

–También se daba cuenta de que tú te sentías atraído por ella –siguió Nikolas. –Aunque ni siquiera tú mismo lo supieras.

–Yo deseaba a Selene desde el primer día –les confesó Aris. –Pero pensé que Hektor no me aceptaría como yerno, que ella no me aceptaría nunca. Así que, como buen empresario que nunca apuesta por un caballo perdedor, me alejé. Y entonces ocurrió un milagro: Selene se acercó a mí. Y cuando se marchó sin decir una palabra fue muy fácil pensar que creía estar cometiendo un error. Me fui pensando que no volvería a verla nunca, pero volví para intentarlo y ella me rechazó. Y entonces descubrí que Alex era hijo mío… sí, no soy tan retorcido como creéis. Yo no sabía nada sobre Alex y, al verlo, me asusté como nunca en toda mi vida. Porque tener otra oportunidad con Selene se había convertido en algo de vida o muerte para mí. Pero Selene no quería darme otra oportunidad, de hecho me puso frente a un espejo para mostrarme lo peor de mí mismo. Y entonces ocurrió otro milagro, me dio una oportunidad y esta vez me di cuenta de que no soy tan calculador como había pensado.

–¿Estás enamorado de ella? –le preguntó Nikolas.

–A veces, el amor que siento por ella y por Alex es tan fuerte que me impide respirar. No tengo vida sin ellos –respondió Aris. –Pero el auténtico milagro era que también Selene me quería y yo no entendía qué había hecho para merecer su amor. Por eso, cuando descubrí lo del contrato, pensé que no me amaba tanto como yo a ella, que había elegido a su familia.

–¿Pensabas que ella nos había dado la información? –exclamó Damon. –¿Y dices que la quieres?

–Fue mi propia inseguridad –contestó Aris. –Me sentía seguro hasta que el accidente de Alex me volvió loco. Y luego aparecisteis en el apartamento, intentando humillarme con vuestro triunfo y con

insinuaciones que me hacían pensar que mis sospechas eran ciertas. Me volví loco, ésa es mi única excusa. En cuanto me marché quise volver y suplicarle que me perdonase, que no me echara de su vida aunque su familia fuera lo primero. Pero sabía que debía demostrarle que el contrato no tenía nada que ver, así que lo recuperé para dárselo a ella y refutar así sus acusaciones.

–¿A quién crees que estás engañando, Sarantos? –le espetó Nikolas. –De modo que el contrato es importante, pero no lo bastante para ti.

–No es eso. No hay un precio para Selene y Alex… para lo que mi familia vale para mí.

–De modo que no quieres poner la mitad de tu fortuna a nombre de Selene. Ya me lo imaginaba –replicó Nikolas, desdeñoso. –Estamos hablando de más de doce mil millones, ¿no?

–La mitad de mi fortuna son veinticuatro mil millones de dólares, Louvardis. Y no, no podéis tener eso. Yo haré mi propia oferta.

El corazón de Selene se encogió. No podría soportarlo si negociaban un precio para ella…

–De haber aceptado vuestra oferta habría sido un idiota –empezó a decir Aris. –Como he dicho, para demostrar mi compromiso con Selene y Alex, yo mismo pondré las condiciones. Y son éstas.

Selene oyó que se abría un maletín y movimiento de papeles.

Por fin, Nikolas exclamó:

–¡Estás loco! No puedes decirlo en serio.

–¿Dónde está la trampa? –preguntó Damon.

–Dinos cuál es y acabemos de una vez –añadió Lysandros.

–No hay ninguna trampa –replicó Aris. –Pedir la mitad de mi imperio por Selene y Alex es un insulto. Ellos lo son todo para mí y se lo merecen todo. Y todo lo que adquiera a partir de ahora.

–Estás loco –repitió Nikolas.

–Yo no sabía que la mayoría de las acciones de la compañía Di Giordano fueran tuyas –murmuró Lysandros, con tono de admiración. –Y Prime-Tech, Futures Inc. Mi padre tenía razón, estás dispuesto a dominar el mercado global.

Damon lanzó un silbido.

–¿De verdad piensas ponerlo todo a nombre de Selene?

–Ella vale mucho más que eso. Soy suyo y le ofrezco mi vida en los términos que ella y vosotros, sus hermanos, queráis imponerme. Le daré todo si ella está dispuesta a darme una tercera y última oportunidad. Sólo me he sentido vivo de verdad durante esas semanas en Creta… y necesito que me ayudéis a conseguirlo.

En ese momento, la parálisis que se había apoderado de Selene

mientras escuchaba la conversación terminó abruptamente y entró en el despacho como una tromba.

–Selene… –dijo él, sorprendido.

–Lo he oído todo.

–¿Estabas escuchando detrás de la puerta, *agape mou*? –No, en realidad mis hermanos me han traído aquí sin decirme para qué… En ese momento, Alex entró gateando en el despacho y se abrazó a las piernas de su padre.

Aris, con lágrimas en los ojos, se inclinó para tomar a su hijo en brazos, como si estuviera recuperando el corazón que se había caído de su pecho.

Los ojos de Selene también estaban llenos de lágrimas. Deseaba echarle los brazos al cuello y no soltarlo nunca…

Pero, de repente, Aris clavó una rodilla en el suelo, sin soltar a Alex.

–Te lo pido de nuevo, Selene: ¿quieres casarte conmigo?

–Amor mío, diré que sí a todo lo que me pidas mientras viva.

Alex miraba de uno a otro sin entender nada, gritando de alegría cuando su madre los abrazó a los dos.

Aris se levantó entonces, tirando de ella mientras la besaba en la cara, en la frente, en el cuello.

–Mi amor por Alex y por ti me ha convertido en la persona que debería ser. Pero puedes ponerme a prueba durante el tiempo que quieras.

–No tengo que hacerlo –dijo Selene. –Aunque, por lo que me has hecho pasar y por hacer que te amase tanto que me siento vacía sin ti, mereces un par de años de prueba.

–Una sentencia a cadena perpetua y más allá –murmuró él, buscando sus labios.

Un carraspeo los interrumpió y los dos se volvieron hacia los hermanos de Selene.

–Muy bien. Esto es un poco… incómodo –dijo Lysandros.

–Dímelo a mí –bromeó Damon. –Esto del amor es lo más aterrador que he visto en toda mi vida.

Nikolas asintió con la cabeza.

–Yo estoy por salir corriendo la próxima vez que vea a una chica guapa. No quiero que me pase a mí también.

Aris sonrió.

–Será mejor que empecéis a practicar lo de clavar una rodilla en el suelo porque es lo único que hará que vuestras vidas merezcan la pena.

–No creí que nuestra hermana pequeña pudiese dominar al monstruo –dijo Damon. –Y menos que pudiese ponerle una correa y llevarlo por donde quisiera.

–Lo que me preocupa es verte como cuñado cuando hasta ahora has sido nuestro peor enemigo –añadió Nikolas.

En ese momento, Apollo, que seguía viviendo en la mansión, entró en el despacho y se dirigió alegremente hacia el trío.

Damon soltó una carcajada.

–Muy bien, hasta el gato te quiere y un gato es la prueba definitiva. Si a Apollo le gustas, no puedes ser tan malo.

Nikolas y Lysandros rieron. Selene rió también, sintiendo una ola de alivio y felicidad.

A pesar de lo que había sufrido, todo había merecido la pena por estar con Aris y ver que sus hermanos, por fin, lo aceptaban.

Pero, por el momento, lo más importante era él.

Dejando a Alex y Apollo con sus hermanos, Selene tomó el «maletín del sacrificio» con una mano y a Aris con la otra para llevarlo a su antiguo dormitorio.

En cuanto entraron, lo empujó contra la puerta, buscando sus labios en un beso apasionado y él se rindió de inmediato, dejando que lo devorase.

–*S'aghapo, Selene, agape mou*.

–Yo también te quiero, mi amor. Te he querido siempre.

Dejando escapar un rugido posesivo, Aris la tomó por la cintura y cayeron sobre la cama, una masa de brazos y piernas.

Selene no sabía cuándo o cómo, pero los dos estaban desnudos, apretándose el uno contra el otro como si no quisieran separarse nunca.

Pero de repente, antes de que pudieran completar su unión, se levantó de un salto para tomar el maletín y romper los documentos en mil pedazos.

–¿Qué haces? –exclamó Aris. –Sólo es una copia, puedo hacer más.

–Te ordeno que no hagas ninguna –dijo Selene, mientras lo envolvía en sus brazos. –Lo único que necesito es que seas mío y que dejes que yo sea tuya.

–Lo soy, todo tuyo. Lo he sido siempre y lo seré mientras viva –respondió él, buscando sus labios. –Y ahora, sobre lo de ser mía…

FIN